

LA RAZA LATINA

PERIODICO INTERNACIONAL.

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Hilario).
About (Edmond), journaliste, littérateur français.
Alcalá Galiano (Antonio).
Bathie, ex-ministre de l'Instruction publique en France.
Benavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Camus (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).

Corfberz de Medolheing (A), président de la Société des bibliothèques populaires en France.
Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (José Maria).
Fanet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Frank (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.
Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.

Hauleville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).
Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Llofriu y Sagreda (Eleuterio).
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Núñez de Arce (Gaspar).

Parieu de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.
Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Membre de l'Académie de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de.

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

PARTE EDITORIAL.—DICTIONNAIRE DES NOMS DU PAPE ET DU SAINT-SIEGE, par D. Juan Martin Carramolino, de l'Académie des Sciences morales et politiques, (continuation).—
LITRES A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX SUR LES ÉTUDES QUI PEUVENT CONVENIR AUX LOISIRS D'UN HOMME DU MONDE, par Monseigneur Dupanloup, évêque d'Orléans.—
LITRES DEUXIÈME ET TROISIÈME.—COLLABORATION.—Etude du droit politique.

SUMARIO

PARTE EDITORIAL.—ENUNCIACION DE UN TRILINGÜE DICCIONARIO DE NOMBRES DEL PAPA Y DE LA SANTA SEDE, por D. Juan Martin Carramolino, de la Academia de Ciencias morales y políticas.—
CARTAS A UN SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA SANTA CRUZ SOBRE LOS ESTUDIOS QUE PUEDEN CONVENIR PARA EMPLEAR LOS OCIOS DE UN HOMBRE DE MUNDO, por Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, de la Academia francesa.—
COLABORACION.—Estudios de Derecho político.

PARTE EDITORIAL

ENUNCIACION DE UN TRILINGÜE

DICCIONARIO DE NOMBRES DEL PAPA Y DE LA SANTA SEDE

POR

D. JUAN MARTIN CARRAMOLINO

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS.

(CONTINUACION).

Y presentada esta sucinta noticia de la ocasion, forma y dotes externas de mi obra, tiempo es ya de que me ocupe en darla á conocer por su necesidad, ó al ménos por su utilidad, para que sea un completo tratado de Derecho público eclesiástico, con relacion solamente al importantísimo punto del supremo régimen y gobierno reconocido en la Cabeza visible de la Iglesia, en que ejerce su Primado de honor y jurisdiccion por todos los ámbitos de la cristiandad.

Pero no conceptúo ageno á este lugar, antes bien considero muy enlazado con él, exponer previamente cómo se suscitaron en mí y crecieron y se fortificaron los motivos de mi devocion á este gravísimo y delicado trabajo.

Estudiaba yo en la en otros tiempos célebre universidad de Salamanca Instituciones canónicas por los años de 1825; y observando con placer los altos, magníficos y significativos Nombres que en la ciencia del Derecho Eclesiástico se dan al Papa y á la Santa Sede cuando se ocupa sobre tan sagrados objetos, me lamentaba de no conocer un libro, en que se hallasen todos consignados y los motivos

ó fundamentos de cada uno de ellos. Andando el tiempo, y cuando ya habia ensanchado algun tanto mis conocimientos, siendo catedrático en tan memorable escuela general, que siempre llevó el honroso título de Universidad Real y Pontificia y Príncipe de todas las ciencias, cayó afortunadamente en mis manos para descanso de mis tareas el libro que el dulce y piadoso Agustiniano, poeta, orador y escriturario, el maestro Fr. Luis de Leon compuso con el título de *Nombres de Cristo*; y en él encontré el tipo, el modelo que hubiera deseado ver elegido por algun sábio escritor para llenar el vacío de que me condolia, con otro de *Nombres del Papa*. Desde entonces comencé, para dar contentamiento á mi deseo, á reunir los que del Sumo Pontífice y de la Santa Sede en mis universitarios estudios se me ofrecian; pero cesó bien pronto este científico índice, porque alejado de mi cátedra y de la Universidad para comenzar la carrera de la magistratura, una série no interrumpida de espinosos y graves negocios, primero criminales y civiles, despues políticos de gobierno y administracion, vino á suspender la ejecucion de mi conato, no obstsnte que alguna me le recordaban los diversos puestos en que he tenido ocasion de ocuparme en importantes asuntos eclesiásticos con relacion al Gobierno del Estado. En su exámen y despacho revivia mi amortiguada aficcion á los estudios canónicos, en los que siempre he procurado conservarme imparcial y severo apreciador de lo justo y de lo injusto, con conciencia firme, y en cuanto lo aconsejaban las circunstancias para conservar la armonia que constantemente debe de reinar entre el Sacerdocio y el Imperio; y pruebas inequívocas de esta verdad suministran las obras político-canónicas que en distintas épocas he publicado.

¿Qué debia yo pues de hacer bajo tales antecedentes al decidirme á escribir los *Nombres del Papa y de la Santa Sede*?... Buscar con ahinco en los lugares teológicos, en las fuentes del derecho canónico y en autoridades políticas é historias profanas el mayor número posible de ellos apoderándome de los textos y testimonios que los abonan y comprueban. Así que, los he ido entresacando de la Sagrada Escritura y Tradicion, de las Decretales y Constituciones de los Sumos Pontífices, de los Cánones, Epístolas y documentos en las actas de los Concilios consignados, de las sentencias, argumentos y conclusiones de los Santos Padres, del lenguaje de las Cancillerias cristianas en comunion con la Santa Sede, de las doctrinas de Escritores teólogos y canonistas, del juicio severo de historiadores eclesiásticos y políticos, del asentimiento del sentido comun de todos los paises, y lo que es más, de las espontáneas concepciones de heresiarcas, protestantes y judíos que en sus respectivos escritos aceptan los Nombres que forman mi Diccionario. Y mientras que la tarea no era en verdad ligera, la oportunidad de su publicacion era llegada.

Veia pues esparcidos algunos de esos Nombres desde casi los tiempos apostólicos en los primeros apologistas San Justino, Tertuliano, Orígenes; en las obras de San Ireneo, San Cipriano, San Hilario, San Gregorio Nazianceno, San Ambrosio, San Agustin, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Leon, San Isidoro y otros



Padres de los siete primeros siglos de la Iglesia. Veía recopilados unos é inventados otros por San Gregorio VII, San Bernardo, San Francisco de Sales y varios piadosos escritores hasta el siglo XVII. Veía que de unos y otros habian formado una rica pero incompleta enumeracion el Cardenal de la Santa Romana Iglesia Roberto Bellarmino, y el lusitano Agustin Barbosa en sus respectivos tratados del romano Pontífice y del Derecho eclesiástico. Veía que en los dos últimos siglos hasta tocar los dias en que vivimos, el libro del Primado del apóstol San Pedro y los pontífices sus sucesores, y el diccionario de Derecho canónico del abate Andrés hacian numerosas remisiones en justificacion del propio objeto; que el malogrado escritor y célebre español presbítero D. Jaime Balmes se habia contentado en su Protestantismo comparado con el Catolicismo, con referirse á las obras de San Francisco de Sales, sin hacer indicacion alguna especifica en su simple lista; y que en un ligerísimo opúsculo, que no llena ni un pliego de papel comun, titulado Testimonios del Papado y de la Santa Sede, que publicó en Vich en 1861 el presbítero D. Francisco de Asís Aguilar se continuó otro corto índice de Nombres, limitándose á mentar los de los escritores que los indicaban, pero tambien sin cita extricta ni acotamiento alguno. Hallaba ademas que en el cuerpo del Derecho Canónico, en el Código de Justiniano, en la legislacion española y muy señaladamente en la Novísima Recopilacion de sus leyes, andaban esparcidos otros títulos, que se tributan al Papa y á la Santa Sede. Y confieso de buen grado, que habrá otro gran número de escritores antiguos y modernos, que no me son conocidos, pero que necesariamente han de haber recopilado otros importantes nombres, que á mi investigacion se han escapado.

Pero de lo que intencionalmente me he abstenido, de lo que con gran cuidado he procurado prescindir es de otra série de nombres de doble interpretacion, y significacion equivocada ya espiritual ó profana, ya política ó eclesiástica, porque no se crea que he querido aumentar el catálogo con títulos capaces de suscitar, contra mi propósito, discusiones audaces y peligrosas contiendas. ¿Para qué necesitaba yo de unos pocos nombres más? ¿Sería por eso más estimable mi obra? No: en verdad. He ahí por qué no tienen lugar en esa gran nómina que mi Diccionario comprende los dictados de rey, rey de reyes, rey más que los reyes, príncipe de los emperadores, dominador de los dominadores y otros semejantes. No acepto pues más títulos que los significativos de la Potestad Espiritual del Papa y de la Santa Sede. He eliminado por consiguiente de mi libro todo nombre ambiguo, que pudiera empeñarme en sostener siquiera su sentido canónico. Así quedarán bien aceradas y agudas las espadas, que todavía puedan esgrimirse contra los incuestionables, que constituyen este Vocabulario.

Pues bien; para llevar á cabo mi deseo de que saliese á luz con el mayor número posible de Nombres, era forzoso reunir cuantos se hallasen diseminados, copiar los textos y autoridades comprobantes de ellos, é indagar, averiguar y aceptar los testimonios y pruebas no solamente de los ya recopilados sino de los que sucesivamente fuese yo adquiriendo.

Este ha sido mi empeño; le he sostenido hasta donde me ha sido posible. Otros vendrán despues que yo, que aumenten éste ya rico Catálogo. ¿Será calificado solamente de un trabajo de paciencia? ¿No habrá en él algo que sea más útil, más alto, más noble, más santo, más acomodado, en fin, al plan que adopté para sacar triunfante el importante propósito que he concebido?—Sin duda que si. Una cosa será que el éxito no haya coronado mis esfuerzos, otra que de hecho haya conseguido reunir en un solo libro el índice razonado de muchos Nombres en tan inmensos volúmenes aisladamente colocados, como que no habia sido la intencion de sus autores hacer uno general que hubiere de ser, como lo es el que publico, el más enriquecido. Con él se conseguirá y es mi vivido conato el convencimiento íntimo, que conduce á la evidencia, de que la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica fundada por Jesucristo no es una asociacion acéfala, sino por el contrario, que por su expreso divino mandato tiene una Cabeza, un Jefe, que es el Depositario de la Fé, de la Doctrina y de la pureza y santidad de las costumbres que vino á predicar á todo el mundo; que es el Centro de la Unidad de su régimen y gobierno; que es el Juez Supremo en la decision de las cuestiones relativas al dogma y á la moral cristiana; que es en fin,

su Vicario en la tierra como Sucesor de San Pedro, Piedra fundamental sobre que edificó su Iglesia, que ha de durar hasta la consumacion de los siglos y contra la cual no han de prevalecer las puertas del infierno.

Hasta aquí habia llegado, poniendo ya fin con el párrafo que seguia á este discurso despues de terminada la redaccion castellana, cuando invitado por mí, mi afectuoso y buen amigo el conocido literato Sr. Dr. D. Vicente de la Fuente, Académico de la Historia y Catedrático de Disciplina eclesiástica en la Universidad de Madrid, á que se sirviera oírle y conocer por alto el índice y estructura del Diccionario; inmediatamente acertó á sugerirme dos muy conocidos nombres, que habia yo omitido, y que recogí con ávido afán para oportunamente comentarlos. Suplíquele entonces que se llevase un ejemplar del índice, por si en una más detenida lectura encontraba nuevas adiciones con que enriquecerle. Y grande fué mi sorpresa cuando á muy pocos dias me hallé, no solo con varias notas muy discretas que me enviaba para la ampliacion de este estudio (que esto era muy de esperar de su notoria ilustracion), sino con una carta, á la cual y á su digno autor debo de rendir el homenaje de mi profundo reconocimiento y gratitud, insertándola íntegra á continuacion. Dice así: «Mi querido amigo: Iba reuniéndole á V. datos para su libro, cuando me hallo de pronto, que ese mismo trabajo y en forma de diccionario lo pensó y ejecutó en el siglo XVII el jesuita Teófilo Raynaud en el tomo décimo de sus inmensas y poco conocidas obras. Allí encontrará V. mucho más de lo que tiene ya reunido, pues pasan de cien páginas de letra impresa y muy menuda las que contiene su *Corona aurea super Mithram Romani Pontificis*.—Lugdun. 1665. Tiene V. que verlo á fin de que no se diga que su trabajo ya estaba hecho. Todavía puede V. dar gran importancia á su obra, como lo va verificando con acierto; primero, adicionando los trabajos de Reynaud; segundo, dándole el carácter poligloto en que V. se ocupa; tercero vistiendo á la moda una obra antigua, hoy apenas conocida; cuarto, añadiendo pruebas históricas políticas y civiles, señaladamente españolas. Y con todo, V. no podrá aparecer ya como realizador de un pensamiento original, aunque V. presumia que lo era. Valgan por lo que valgan, acompaño las notas que iba reuniendo. Suyo afectísimo amigo, etc.

Confieso, como acto continuo se lo confesé al contestar á mi buen amigo, que la lectura de su carta me dejó instantáneamente cabizbajo y confuso entre muy apesadumbrado y muy gozoso; apesadumbrado, porque perdía mi obra ya, á mi juicio, segun mi deseo concluida, el carácter de originalidad que yo le atribuía, originalidad bien comprobada en este discurso y en todo el contexto de sus artículos sin los auxilios posteriores del P. Raynaud, y originalidad, lo digo sin rebozo, á que con pena renuncio, pero que me es necesario reconocer en tan esclarecido teólogo de la Compañía de Jesús. Más á la vez, repito que quedé [muy gozoso porque el Sr. de la Fuente me habia descubierto un riquísimo filon, que yo me proponía con constancia explotar, para que mi obra, ya que no original, saliese por lo menos mucho más completa bajo distintos aspectos que la de mi sábio predecesor en el mismo pensamiento. Ni más ni ménos que lo pensé lo he realizado. Aumenté el índice con los Nombres que me ha facilitado la Corona áurea colocada sobre la cabeza del romano Pontífice (que es el título del tratado del P. Raynaud) desde el número de trescientos, que eran próximamente los que yo habia reunido y le amplié hasta más de quinientos ochenta á que ya asciende el Diccionario. Pero como la mayor parte de los añadidos son secundarios y dependientes, así en su significacion como en su esencia, de otros más importantes que ya iban explicados, he seguido el sistema del mismo P. Raynaud contentándome con enunciar las frases ó textos que dan á conocerlos y á justificarlos con las citas correspondientes, útiles solo á quien pretenda hacer un profundo estudio en esta materia.

Los Nombres, que ambos habíamos acertado á reunir, conservan en los respectivos comentarios de mi obra, si bien traducidos, los textos y autoridades que con gran trabajo é inquebrantable asiduidad habia yo adquirido: quien quiera hallar algunos más, búsquelos en la del P. Raynaud. Mas en defecto y compensacion de mi soñada originalidad, aparecerá esta obra bajo el carácter poligloto que la hace mucho más accesible á toda clase de lectores que la del sábio jesuita, porque aunque de mucho más reconocido mérito, yace

casi oculta ó por lo ménos muy poco conocida entre sus inmensos escritos que forman abultados volúmenes en fólio, y que solamente son familiares á muy excaso número de sábios. Tambien se distingue de aquel mi trabajo por las citas históricas, políticas, heréticas, judáicas y jurídico-españolas que la amplifican, tomadas muchas de autores modernos y por consiguiente posteriores al Padre Raynaud: y porque como dice con gracia el Sr. de la Fuente «visitiéndola á la moda,» presentará como si fuese jóven y adornada con nuevos atavíos y melindres una venerable anciana que vive envuelta en los oscuros pliegues de las tocas de su época, esto es, en un idioma ahora casi peregrino, en latín, en un estilo y con un gusto literario, hoy de la mayor parte de las gentes de letras hartos desatendidos, por no decir de muchos ignorados. Necesitaba hacer esta solemne declaracion ante el mundo ilustrado para evitar la fea nota de plagio y para congratularme al mismo tiempo con la idea de que, cuando ya dos siglos há, creyó digno de un extenso y profundo tratado el sábio jesuita Raynaud el pensamiento, que por toda mi vida he yo acariciado, no será tan liviano y baladí su desenvolvimiento, en que hoy aparezco empeñado.

Váyanse examinando uno por uno cuantos Nombres contiene este libro; recuérdese la relacion de semejanza y enlace que los unos tienen con los otros; observese la unidad del origen de todos segun en el transcurso de los siglos han ido apareciendo, y preciso será ó negarse obstinadamente á las deducciones lógicas del sentido comun no maléficamente prevenido, ó confesar de buena fé que el dedo de Dios ha guiado la pluma de los escritores de cada uno de los títulos que se justifican en el Catálogo de mi Diccionario de Nombres del Papa y de la Santa Sede en demostracion de la Divinidad del Primado de la Iglesia Católica.

JUAN MARTIN CARRAMOLINO.

DICTIONNAIRE DES NOMS

DU PAPE ET DU SAINT-SIÈGE

PAR

D. JUAN MARTIN CARRAMOLINO

DE L'ACADÉMIE DES SCIENCES MORALES ET POLITIQUES.

(CONTINUATION).

Après avoir présenté un aperçu des circonstances où j'ai écrit cette œuvre, de sa forme et de ses qualités, il est temps, que j'en fasse connaître la nécessité, ou au moins l'utilité, afin qu'elle devienne un traité complet de droit public ecclésiastique, se résument uniquement dans la question capitale du régime et du gouvernement suprême, lesquels se personnifient dans le chef de l'Eglise, dont la Primatie d'honneur et de juridiction s'exerce sur tous les points de la Catholicité.

Mais je ne crois pas qu'il soit hors de propos, bien plus, je trouve, que c'est comme inhérent à mon sujet, d'exposer préalablement quelles furent mes inspirations premières, et pourquoi je me suis consacré à cette grave et délicate étude, but exclusif de cette œuvre.

J'étudiais, en 1825, les Institutions canoniques, dans l'Université de Salamanque; et remarquant avec plaisir les noms magnifiques, élevés et significatifs, que dans la science du Droit ecclésiastique, on donne au Pape et au Saint Siège, quand il est question d'un sujet si sacré, je regrettais, de ne pas connaître un livre où ils fussent consignés, ainsi que leur origine et leur raison d'être. Avec le temps, et lorsque le cercle de mes connaissances s'était en quelque sorte agrandi, par la pratique du professorat, dans la célèbre école générale de Salamanque, qui a constamment porté l'honorable titre d'Université Royale et Pontificale, — *Omnium Scientiarum Princeps*, — j'eus le bonheur, en mes loisirs, de rencontrer le livre portant les noms du Christ, composé par Maître Fray Luis de Léon, ce religieux doux et pieux, poète, orateur et interprète de la Sainte

Ecriture. J'y trouvai le type, le modèle, que j'aurais désiré voir être choisi, par quelque savant écrivain, afin, que le vide dont je me plaignais, fût rempli par un des noms que l'on donne au Pape. A partir de cette époque, je commençai, à réaliser mon dessein. Je réunis ceux que m'offraient, sur le souverain Pontife et le Saint Siège, mes études universitaires. Mais je fus obligé de suspendre bientôt cet index scientifique, parce que séparé de ma chaire, je sortis de l'Université, pour entrer dans la carrière de la magistrature, et y entreprendre une série ininterrompue de graves et difficiles affaires, d'abord criminelles et civiles, plus tard politiques, gouvernementales et administratives. Je suspendis donc l'exécution de mon entreprise, bien que me la rappelassent les postes divers, où j'ai eu l'occasion de m'occuper de questions ecclésiastiques d'un grand intérêt, lesquelles touchaient au gouvernement de l'état. Dans l'examen et l'expédition de ces affaires, je reprenais goût aux études canoniques. J'ai toujours tâché d'y être un appréciateur sévère et impartial du juste et de l'injuste, d'une conscience inébranlable, selon que les circonstances me le recommandaient afin de conserver l'harmonie, qui doit régner constamment entre le sacerdoce et l'empire. Les œuvres Politico-canoniques que j'ai publiées, à diverses époques, fournissent des preuves sensibles de cette vérité.

Après de tels précédents, que devais-je faire, en me décidant à écrire les noms du Pape et du Saint-Siège? C'était de m'entourer avant tout des autorités théologiques, d'aller à la recherche des sources de droit Canon, des écrits politiques en crédit, des histoires profanes; d'en avoir sous la main le plus grand nombre possible, en utilisant les textes et les témoignages qui leur donnent de la valeur, et confirment leurs appréciations. C'est ainsi, que j'ai extrait mes citations de la Sainte Ecriture et de la tradition, des décrétales et des constitutions des Souverains Pontifes, des canons, des épîtres, et des décisions consignées dans les actes des conciles, des sentences, des propositions et des conclusions des Saints-Pères, du langage des chancelleries chrétiennes, en communion avec le Saint-Siège, des doctrines, des écrivains théologiens et canonistes, des jugements critiques des historiens ecclésiastiques et politiques, de l'assentiment du sens commun de tous les pays, et ce qui est mieux, des concessions spontanées des hérésiarques, des protestants, des juifs, qui, dans leurs écrits respectifs, acceptent les noms de mon dictionnaire. Bien que ce fût un travail pénible, l'opportunité d'une telle publication était venue.

Je remarquais donc quelques-uns de ces noms disséminés dans les écrits des premiers siècles Catholiques et dus aux premiers apologistes, tels que Saint-Justin, Tertulien, Origène; dans les œuvres de Saint-Irénée, de Saint-Cyprien, de Saint-Hilaire, de Saint-Grégoire de Naziance, de Saint-Ambroise, de Saint-Augustin, de Saint-Jérôme, de Saint-Jean Chrysostôme, de Saint-Léon, de Saint-Isidore et d'autres Pères des sept premiers siècles de l'Eglise. Les uns avaient été recueillis, d'autres avaient été créés par Saint-Grégoire VII, Saint Bernad, Saint-François de Salles et autres pieux écrivains, jusqu'à l'époque du XVII^e siècle. Je remarquais, que des uns et des autres, Robert Bellarmine cardinal de la Sainte Eglise Romaine, et le portugais Augustin Barbosa en avaient fait une riche mais incomplète énumération; dans leur traités respectifs sur le Pontife Romain et sur le droit-canon.

Je remarquais, que dans les deux derniers siècles, jusqu'à notre époque où vivons, le livre de la Primatie de l'apôtre Saint-Pierre et de ses successeurs, le dictionnaire de droit-canon de l'Abbé André, fournissait de nombreux renvois justificatifs sur cette même matière: je remarquais, que le célèbre écrivain Don Jaime Balme, ce prêtre Espagnol, mort si prématurément, n'avait fait aucune mention spéciale, dans la liste sommaire de son œuvre le Protestantisme comparé avec le catholicisme, dans la partie qui touche aux œuvres de Saint François de Salles; je remarquais en fin, que dans un très petit livre portant pour titre: témoignages en faveur de la Papauté et du Saint-Siège, publié à Vich en 1861, par un ecclésiastique, Don Francisco de Asis Aguilar, il y avait une autre table de noms peu détaillée, laquelle se bornait à indiquer les écrivains qui les signalaient, mais sans citation précise, et sans aucun fait. Je trouvais en outre, que dans le corps du droit canon, dans le code Justinien, dans la législation Espagnole, et plus particulièrement.

dans la novísima recopilación des lois, se trouvaient disséminés les autres titres dont sont qualifiés le Pape et le Saint-Siège. J'avoue volontiers, qu'il doit y avoir un grand nombre d'écrivains anciens et modernes qui me sont inconnus, lesquels ont du recueillir d'autres noms importants, qui ont échappé à mes investigations.

Mais j'ai pris soin de m'abstenir, en tâchant de les écarter avec soin, de la série des noms d'une interprétation double, et d'une signification équivoque, soit spirituelle, temporelle, politique ou ecclésiastique; parce que je n'ai pas voulu ajouter à ce catalogue, des titres capables de susciter contre ma thèse les difficultés de la discussion et les dangers de la polémique. Qu'avais je besoin de quelques noms de plus? Mon œuvre en serait-elle plus estimable? Certainement non. Voilà pourquoi, je n'ai pas fait mention, dans cette grande nomenclature, des appellations de Roi, de Roi des Rois, de Roi au dessus des Rois, de Prince des Empereurs, de Dominateur des dominateurs et autres pareilles. Je ne me sers que des titres significatifs de Puissance spirituelle du Pape et du Saint-Siège. J'ai éliminé de mon livre tout terme ambigu, qui pourrait m'engager à soutenir des polémiques, ne fût-ce même qu'à propos du sens canonique qu'il renferme.

Ainsi, resteront intacts et dans toute leur force les traits, que l'on dirigerait contre les principes indiscutables que contient ce dictionnaire.

Or pour mener à bout mon entreprise, et afin que parussent un plus grand nombre de noms, il était urgent de réunir tous ceux qui se trouvaient disséminés, de copier les textes et les autorités qui les confirment, de rechercher, d'examiner et d'accepter les témoignages et les preuves, non seulement de ceux qui avaient été recueillis, mais de ceux que dans la suite je pourrais acquérir.

Tel a été mon dessein. Et en ceci, j'ai fait tout ce qu'il m'a été possible de faire. D'autres viendront après moi, qui augmenteront ce riche catalogue. Se contentera-t-on de dire, que mon travail, n'est qu'un travail de patience? N'y aura-t-il pas quelque chose de plus utile, de plus élevé, de plus noble, de plus saint, de plus convenable au plan que j'ai adopté, pour triompher dans l'entreprise importante que j'ai conçue? — Oui, sans doute. — Le succès peut-être ne couronnera pas mes efforts; peut-être aussi, par le fait, n'aurai-je pas réussi, à rassembler en un seul livre, la table raisonnée d'un grand nombre de noms, qui se trouvent çà et là, dans une foule de volumes. Car l'intention de leurs auteurs n'avait pas été d'en faire un sur la matière, qui fut détaillé, comme l'est, celui que je publie. On y acquerrera la conviction intime, car c'est là mon ardent désir, il deviendra évident, que l'Eglise, une, sainte, catholique et apostolique, fondée par notre Seigneur Jésus-Christ, n'est pas une association acéphalique, mais que par un ordre formel de son divin fondateur, elle a une tête, un chef, qui est le dépositaire de la foi, de la doctrine, de la pureté et de la sainteté des mœurs; qu'il est venu prêcher à tout le monde; que ce chef est le centre d'unité, du gouvernement et de l'administration de l'Eglise Catholique, qu'il est juge suprême dans la décision des questions relatives au dogme et à la morale chrétienne; enfin, qu'il est sur la terre, le Vicaire de Jésus-Christ, comme successeur de Saint-Pierre, pierre fondamentale sur laquelle est bâtie son Eglise qui doit durer jusqu'à la consommation des siècles, et contre laquelle, ne prévaudront point les portes de l'enfer.

Je venais de mettre fin, dans le paragraphe suivant, à ce discours préliminaire, et j'en avais fait la rédaction castillane, quand un ami de cœur et fort dévoué, un littérateur bien connu, le docteur D. Vicente de La Fuente de l'Académie historique, et professeur de Discipline Ecclésiastique, à l'Université de Madrid, que j'avais prié, d'avoir la bonté de lire mon discours, et de prendre un léger aperçu de la table des matières de ce dictionnaire, et de la forme que je lui avais donnée, eut l'heureuse pensée, de me suggérer sur le champ deux noms fort connus que j'avais oubliés. Je les accueillais avec joie et empressement, afin de les commenter en temps opportun. Je le suppliai alors d'emporter une copie de ma table, afin que si dans une lecture attentive, il lui semblait qu'on pût faire quelques additions à mon livre, il voulût bien me les signaler. Grande fut ma surprise, lorsque quelques jours après, je me trouvai posséder non seulement des notes diverses fort judicieuses qu'il m'envoyait pour le développement de cette étude, — car je n'attendais pas moins

de son érudition bien connue de tout le monde, — mais aussi une lettre, à laquelle je rends ainsi qu'à son auteur, un hommage de profonde reconnaissance et de gratitude, par l'insertion que je fais de cette pièce. La voici: «Mon cher ami: je réunissais des notes pour «votre livre, lorsque je me suis aperçu tout d'abord, que le même «travail dont vous vous occupez, avait été conçu et exécuté au «XVII^e siècle par le Jésuite Théophile Raynaud, dans le tome X^e de «ses œuvres volumineuses et peu connues. Vous y trouverez beaucoup plus, que ce que vous avez pu recueillir. Car il y a plus «de 100 pages d'impression, en fort petits caractères, dans son «livre: «*Corona aurea super Mithram. Romani Pontificis.*» — «*Lugduni* 1665. — Vous devez en prendre connaissance, afin que l'on «ne dise pas, que ce travail avait été déjà fait par lui. Vous pouvez «encore donner une grande importance à son œuvre, qui a été faite «avec habileté; d'abord, en coordonnant les travaux de Raynaud; «deuxièmement, en lui donnant le caractère polygotte que vous «avez adopté; troisièmement, en revêtant d'une forme nouvelle une «œuvre ancienne, aujourd'hui à peine connue; quatrièmement, en «y ajoutant des preuves historiques politiques et sociales, particulièrement espagnoles. Finalement, vous n'aurez point réalisé une «pensée originale, bien que vous présumiez qu'elle l'était. Quelque «soit leur valeur, je joins à cette lettre les notes que j'ai prises: «Tout à vous, votre très affectionné ami.»

Je confesse, sans aller plus loin, ainsi que je le déclarai à mon bien cher ami, que la lecture de la lettre me rendit instantanément confus et pensif; puisque je fus partagé entre le chagrin et la joie. J'étais chagrin, parce que mon œuvre presque achevée perdait ce caractère d'originalité que je lui attribuais, et que prouvent mon traité, et tout le contexte de mes articles; quoique postérieurement, je me sois aidé du Père Raynaud. A cette originalité, je renonce avec peine, je le dis sans détour, parce qu'il faut reconnaître cette qualité dans l'illustre théologien de la compagnie de Jésus. Mais en même temps, je répète, que j'en ai éprouvé de la joie, parce que Mr. De La Fuente m'avait découvert un filon, que je me proposai d'exploiter sans relâche. Et puisque mon œuvre n'était plus originale, il fallait du moins, qu'elle fût plus complète, sous divers aspects, que celle de mon savant prédécesseur, dont l'idée avait été la même que la mienne. Ce fût là, ni plus ni moins, mon unique but, et je l'ai réalisé.

J'ai porté la série des noms, que m'a fourni La *corona aurea*, sur la mitre du Pontife Romain, — titre que porte le traité du Père Raynaud, — de 500, nombre, qu'atteignaient approximativement ceux que j'avais recueillis, à 780, qui est le chiffre, dont se compose tout ce dictionnaire. Mais comme, la plus grande partie des noms que j'ai ajoutés, sont d'un ordre secondaire, et sont subordonnés dans leur signification, comme dans leur essence, à d'autres plus importants qui étaient déjà expliqués, j'ai suivi le système du Père Raynaud lui-même, me contentant d'énoncer les phrases ou les textes qui les font connaître, et qui sont des preuves justificatives, en même temps, que des références utiles, pour qui prétend étudier profondément cette matière.

Les noms, que l'un et l'autre, nous sommes parvenus à rassembler, conservent dans les commentaires respectifs, les textes et les autorités que je m'étais procurés à grand peine et avec une inébranlable persévérance. Quiconque, en veut trouver davantage, les doit chercher dans le Père Raynaud. Mais à défaut de l'originalité que j'avais rêvée, et par compensation, cette œuvre paraîtra sous forme polygotte, qui la rendra beaucoup plus accessible à toute sorte de lecteurs, que celle du savant jésuite, laquelle, bien que d'un mérite supérieur, est néanmoins ensevelie dans l'oubli, ou tout au moins, reste presque méconnue parmi ses nombreux écrits, qui forment vingt gros volumes in-folio, familiers seulement à un très-petit nombre de savants. Mon travail se distingue aussi de son œuvre, par l'abondance de citations politiques, historiques, hérétiques, judaïques et juridico-espagnoles, puisées, en grand nombre, dans les écrivains modernes, et par conséquent postérieures au P. Raynaud. Et comme, «elles seront revêtues d'une forme plus à la mode,» pour me servir de la piquante expression de Mr. La Fuente, je présenterai, avec les délicatesses et les atours de la jeunesse, une dame vieille et vénérable, cachée sous les voiles obscures des toques de son temps, c'est à dire, en un langage un style et un

goût littéraire, dont les lettres ne font presque plus de cas, si ce n'est, que beaucoup les ignorent complètement. J'avais besoin de faire cette déclaration devant le monde savant, afin d'éviter la triste note de plagiaire, et me féliciter, en même temps, d'une idée que j'ai caressée toute ma vie, idée, qu'un savant père jésuite, il y a deux siècles, jugea digne d'un traité vaste et étendu. De la sorte, les développements que je me suis efforcé de lui donner, ne paraîtront point si futiles et si vains.

Qu'on examine, l'un après l'autre, les noms contenus dans ce livre, qu'on se rappelle les relations de similitude et d'intimité, qu'ils ont les uns avec les autres, qu'on observe leur unité d'origine, selon qu'ils ont paru dans le cours des siècles, et il faudra, de deux choses l'une; ou nier obstinément les déductions logiques du sens commun, non encore perverti, ou confesser de bonne foi, que le doigt de Dieu a guidé la plume des écrivains, qui ont produit des *titres nouveaux*, pour la démonstrations de la vérité contenue dans le catalogue de mon dictionnaire: Sur les noms du Pape et du Saint-Siège.

JUAN MARTIN CARRAMOLINO,

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX

sur les études qui peuvent convenir aux loisirs d'un homme du monde.

DEUXIÈME LETTRE.

CONSEILS PRATIQUES ET GÉNÉRAUX SUR LES ÉTUDES POSSIBLES
A UN HOMME DU MONDE.

MON CHER AMI,

Je vous ai montré dans ma première lettre combien de gens ne travaillent pas, ou pas assez, dans le monde et dans les diverses carrières sociales, et combien pourraient et devraient travailler davantage.

Mais, pour être juste, je dois l'ajouter, mon ami, ce n'est pas toujours la bonne volonté qui manque, ni le désir de travailler et de faire quelque chose. Il faut en convenir, avec les distractions inévitables de la vie du monde, et dans l'isolement où l'on s'y trouve d'ordinaire pour le travail, il y a pour des études sérieuses, bien conduites, de réelles difficultés; beaucoup moindres cependant qu'on ne se l'imagine. Ce que nous allons dire le montrera surabondamment.

Qu'est-ce qui, dans le monde, arrête tout d'abord quand on voudrait se mettre enfin sérieusement à travailler? Le voici. C'est que d'ordinaire on n'a ni une excitation puissante, ni un but prochain, ni surtout, ce qui importe tant, un bon plan, une bonne méthode.

On ne sait pas même quelquefois ce qu'il faut étudier ni les livres qu'on pourrait lire.

On sait encore moins la manière de lire et d'étudier avec fruit.

Travailler ainsi dans le silence, seul et sans guide, et faire un travail suivi, et ne pas éparpiller ses études, ses essais, mais s'attacher à un plan qui coordonne et ramène à l'unité tous les efforts, à une méthode qui permette de tirer profit de tout ce qu'on lit, voilà le difficile. Voilà ce dont la bonne volonté même ne peut venir à bout. Que de fois j'ai reçu sur ce point des confidences désolées! Combien n'ai-je pas vu de jeunes hommes, ou d'hommes déjà mûrs, venir à moi et me dire avec tristesse: «Vous voulez que je travaille! mais que faire? Travailler! mais comment? Quel est le plan, la méthode, les livres?»

Il y a longtemps que, préoccupé du désir de venir en aide à ce bon vouloir, attristé en voyant cette déperdition de tant de talents, cette inutilité de tant de vies, j'avais songé à exposer quelques-unes de mes pensées sur les études qui conviennent aux loisirs d'un homme du monde, et même essayé de tracer un plan, une méthode facile et pratique pour chaque branche de ces études, —

C'est même dans ce but, mon ami, vous le savez, que j'ai fondé à Orléans, à côté de celles qui existaient déjà, une nouvelle société littéraire, votre Académie de Sainte-Croix. J'ai dit à vous, et à quelques hommes sérieux et studieux comme vous: «Vous vous plaignez d'être isolés: eh bien! rapprochez-vous, réunissez-vous, formez un centre qui vous rallie, un foyer qui vous échauffe, une société d'amis et d'émules, travaillant chacun selon son goût et ses aptitudes, se communiquant leurs travaux dans des réunions périodiques, les soumettant à une critique maternelle et bienveillante.»

Il m'a paru que c'était là un moyen excellent et facile pour tirer les esprits de l'isolement qui paralyse, les exciter les uns par les autres, et créer, dans une ville où tant d'éléments pour une société de ce genre se rencontraient, un actif mouvement d'études, une noble et féconde émulation pour de sérieux travaux littéraires.

Mais ce n'est pas tout, mon ami; pour tout homme qui veut étudier, je le disais tout à l'heure, ce qui est nécessaire avant tout, c'est un plan d'études, une bonne méthode de travail; et c'est par là qu'il faut commencer. «L'essentiel, disait à son fils le chancelier d'Aguesseau, est de vous former d'abord un plan général des études que vous êtes sur le point d'entreprendre, de suivre ce plan avec ordre et fidélité, et surtout de ne point vous effrayer de son étendue. Ce n'est point ici l'ouvrage d'un jour ni même d'une année; mais, quelque long qu'il puisse être, si vous êtes exact à en exécuter tous les jours une partie, vous serez comme ceux qui, dans les travaux qu'ils font faire, suivent toujours un bon plan, sans jamais changer. Comme ils ne perdent point de temps, ils mettent à profit toute la dépense qu'ils font. Insensiblement, l'édifice s'élève, les ouvrages s'avancent, et, quelque lent qu'en soit le progrès, on arrive toujours à la fin qu'on se propose, pourvu que l'on marche constamment sur la même ligne et qu'on ne perde jamais de vue le plan que l'on s'est tracé une fois.»

Ces paroles de d'Aguesseau sont le bon sens même: il est évident qu'il n'y a rien à faire, quand on n'apporte pas l'ordre et la méthode, la suite et la patience dans ses travaux; mais *marcher constamment sur la même ligne, et ne perdre jamais de vue le plan que l'on s'est une fois tracé*, quand on a ce courage et cette persévérance, voilà ce qui mène à bonne fin les études comme toute chose. Les bons et grands ouvrages ne se font pas autrement. C'est là que, dans tout ordre d'idées, est le secret des grandes œuvres. On a dit que le génie n'était qu'une longue patience: ce qui est incontestable, c'est que la longue patience est nécessaire au génie; le talent, sans les labeurs persévérants, pourra bien jeter quelque lueur, quelque flamme, mais n'arrivera jamais à rien d'éclatant, de durable. Ce qu'on peut, au contraire, en marchant constamment vers le même but, en faisant chaque jour un pas dans le même sillon, est incroyable.

La nécessité d'un plan d'études étant bien comprise, la question qui se présente est celle-ci: Quel sera ce plan d'études?

Certes, le champ est vaste ou plutôt sans bornes. La Littérature, l'Histoire, la Philosophie, le Droit, l'Esthétique, les Arts, l'Archéologie, les Sciences, et surtout la Religion, voilà autant de belles études qui sollicitent tout homme désireux d'une grande et forte culture d'esprit.

Mais, avant d'exposer en détail ma pensée sur chacun de ces grands objets d'études, quelques observations générales sont nécessaires.

1.^o—Et d'abord, ne va-t-on pas se récrier et dire:—«Quoi! tout cela à étudier? Mais c'est immense! mais la vie d'un homme n'y suffirait pas!»—Qu'ou le veuille bien comprendre: je ne prétends en aucune façon qu'il soit nécessaire pour chacun de se jeter sur toutes ces études à la fois, ni de les pousser toutes également loin. Ce serait impossible.

C'est même cette multiplicité d'études, entre lesquelles ils ne savent pas choisir, qui en arrête plusieurs, ou qui annule leurs efforts en les dispersant. On ne sait laquelle prendre de toutes ces voies; on hésite, on tâtonne, on revient sur ses pas, on perd son temps et sa peine, et finalement on se décourage.

En plaçant sous vos yeux, mon ami, et la présentant à tous ceux qui voudront bien me lire cette variété d'études possibles, je ne conseille qu'une chose: c'est que, parmi toutes ces études, chacun choisisse celles qui vont le mieux à son esprit et auxquelles

ses études antérieures le préparent, celles en un mot pour lesquelles il se sent plus d'attrait et d'aptitude. — « Mais, me dira-t-on peut-être, je ne me sens un goût prononcé pour rien : je n'ai point de spécialité. » — « Vous vous trompez, répondrai-je, chacun a ses aptitudes propres. Les vôtres sont latentes peut-être, ignorées de vous-même ; mais elles existent, et c'est le travail, c'est une étude assidue et sérieuse, qui bientôt vous les révélera. » Que de spécialités l'étude a ainsi fait surgir, qui périssaient dans l'oubli et l'ignorance d'elles-mêmes ! Après quelque temps de travail, pénible peut-être au commencement infructueux en apparence, sans lumière, sans charme, tout à coup des horizons s'ouvrent à la pensée, un attrait naît dans l'âme. On s'est découvert soi-même, et la vocation de son esprit. Je mets ce mot ici à dessein. Très souvent, pour donner à un homme toute sa valeur personnelle, il suffit de lui faire trouver ce que j'appelle *la vocation de son esprit*. C'est en effet ce qui décide tout.

Je me borne donc à offrir ici, selon la diversité des esprits, diverses branches d'études : je ne prétends pas les imposer toutes à tous ; et, sauf la Religion, qui est pour tous l'étude nécessaire, j'incline simplement chacun du côté où il penche, je demande à chacun d'entrer dans sa voie.

2.° — Mais ce que je conseille sans hésiter tout d'abord, et à tous sans exception, et ce qui n'est pas d'un grand travail, et ce qui serait d'un immense profit, c'est de revoir ce qu'on a déjà vu, c'est de reprendre ce qu'on a su, c'est de poursuivre ce qu'on a commencé. Vous avez passé de longues années à étudier les langues anciennes ou modernes, l'histoire, la géographie, les sciences. — Hélas ! peu de temps a suffi pour emporter une partie de ce que vous aviez laborieusement appris. On oublie si vite les faits, les détails, la pure science ! La vérité est que tout cela s'efface et se perd ; il n'y a qu'une chose qui reste, le talent, la force acquise par l'étude le goût, le style, la grande forme littéraire. — Eh bien ! je ne voudrais pas qu'on laissât rien perdre ainsi de ce qu'on a possédé ; je voudrais qu'on commençât par reprendre, d'un point de vue supérieur, les études auxquelles on s'est déjà livré. « Avez-vous fait vos humanités ? dirai-je à un jeune homme qui veut entrer dans la voie du travail utile. Eh bien ! revenez-y : moins difficile que vous ne croyez sera cette seconde étude ; et avec combien de fruit et de charme les retrouverez-vous, ces anciens auteurs, ces illustres génies ; et combien de choses que vous n'y aviez jamais soupçonnées peut-être, vous y admirerez, y revenant éclairé, mûri par l'âge, les étudiant, non plus en enfant ! »

De tous les conseils que je me propose d'offrir ici, celui-ci est peut-être le plus utile tout à la fois et le plus facile à suivre. A lui seul, ce conseil suffirait pour atteindre en grande partie le but que je propose, pour occuper avec honneur et profit les loisirs d'un homme du monde, et lui donner une distinction d'esprit peu commune assurément.

3.° — J'ajouterai aussi un conseil d'une utilité capitale pour quiconque veut ordonner sa vie dans un travail sérieux, et faire des études qui lui profitent : c'est qu'il faut, avant tout, savoir lire ; chose plus rare qu'on ne pense : savoir lire, c'est-à-dire faire que la lecture soit une étude utile et agréable : lire en l'air, ce n'est rien ; lire attentivement, voilà ce qui seul mène à quelque chose ; lire, et non-seulement lire ce qu'il faut, et le lire avec suite, jusqu'au bout, finir un livre quand on l'a commencé ; mais encore lire doucement, sans précipitation, se nourrissant de sa lecture : *Ita ut quod legeret, in succum sanguinemque suum convertisse videatur*, dit un ancien.

La vraie lecture, la voilà : c'est celle qui fait passer pour ainsi dire les choses dans notre substance.

Mais pour cela il faut réfléchir en lisant, et toujours résumer sa lecture, s'en rendre un compte exact, de telle sorte qu'après avoir lu un livre, on le possède ; et par conséquent, il faut lire LA PLUME A LA MAIN, habitude souveraine ; noter, rédiger, pour les préciser, et les fixer, ses réflexions : autrement, tout est vague et s'évanouit.

Et aussi faire DES EXTRAITS qu'on retrouve au besoin.

Voilà ce que j'entends par savoir lire, et voilà ce qui n'est pas commun. Comme le disait M. de Talleyrad, on aime mieux lire paresseusement qu'écrire, admirer en quelque sorte passivement le vrai, le beau, le grand, que réagir sur sa lecture, y appliquer éner-

giquement son esprit, apprécier ce qu'on a lu, s'en rendre maître par un jugement ferme et définitif. — Rien de plus contraire au développement de l'intelligence qu'une telle disposition.

C'est par l'activité et la réaction qu'on profite, et qu'on fortifie son esprit. Autrement, il demeure lâche et paresseux, et reste pauvre, quelle que soit sa richesse apparente.

En un mot, on est riche que de ce qu'on possède, et on ne possède intellectuellement que ce qu'on a résumé par écrit, défini, recueilli, et par là même classé et rangé dans sa tête avec un jugement qui l'a fait sien.

Lire, LA PLUME A LA MAIN, est absolument nécessaire pour les plus humbles comme pour les plus grands progrès. Quiconque ne fait pas cela, ou n'est pas décidé à le faire, ne fera jamais rien, n'arrivera jamais à rien. Vous vous plaignez de ne savoir pas écrire, de n'avoir pas de style, de ne pouvoir formuler, rédiger vos pensées sous une forme convenable ; d'être distrait, inattentif ; d'oublier. Eh bien ! lisez LA PLUME A LA MAIN, et cette excellente habitude, non-seulement vous empêchera d'oublier, fixera les dissipations de votre esprit, mais de plus vous apprendra à écrire, et formera peu à peu et très-efficacement votre style, parce qu'elle vous apprendra à réfléchir sur ce que vous aurez lu, à le goûter, l'admirer ; l'imiter, ce qui est tout.

LA PLUME A LA MAIN ! Il est probable que je ne donnerai aucun conseil plus utile, plus efficace, plus décisif. Sera-t-il suivi ? Je veux l'espérer.

4.° — Inutile de redire que je n'ai pas la prétention de tracer ici un plan absolu ni de tout indiquer ; je ne cherche pas le moins du monde à être complet, mais à être pratique. Je ne conseillerais guère en chaque genre d'étude que les chefs d'œuvre et les ouvrages nécessaires ou de très-grande utilité. *Pauci, sed boni*.

Ni la même méthode, ni les mêmes études, ni les mêmes livres, ne conviennent à tout le monde ; les uns peuvent plus, les autres moins. J'entends simplement ici ouvrir une route, et offrir, pour d'utiles travaux, quelques moyens entre beaucoup d'autres.

Cela dit, arrivons au détail, et commençons par les études qui paraissent les plus attrayantes et les plus faciles pour un homme du monde : je veux dire les études littéraires. Ce sera, mon ami, l'objet de ma prochaine lettre.

TROISIÈME LETTRE.

LA LITTÉRATURE ANCIENNE.

Je ne vous redirai pas, mon cher ami, l'immortel éloge que faisait autrefois de l'étude des Lettres l'Orateur de Rome : « Cette noble étude, qui offre un aliment généreux pour la jeunesse, un charme pour la vieillesse, un ornement dans la prospérité, un asile et une consolation dans le revers, un doux et paisible délassement au foyer domestique, un secours et une force dans l'agitation des affaires et les surprises de la vie publique (a). »

Je serai bien plutôt tenté de demander où sont aujourd'hui les hommes du monde qui, après avoir consacré à l'étude des Lettres les premières et plus belles années, en conservent quelque chose, je ne dis pas même pour la lumière de leur esprit et la consolation de leur vie, mais pour l'occupation de leur loisirs. C'est que « les premières études littéraires, comme « disait avec raison le chancelier d'Aguesseau, ne donnent que la « clé de la littérature. » S'en tenir là, comme on le fait si souvent aujourd'hui, c'est n'y pas pénétrer ; c'est renoncer même au bénéfice des premières études, car bientôt il n'en reste plus que des traces confuses. Au bout de quelque temps, on n'est plus même en état d'entendre les auteurs qu'on entendait dans son enfance.

Ce qui fait la faiblesse et l'insuffisance des premières études littéraires, c'est le défaut de la pensée et de la réflexion ; en d'autres termes, c'est l'âge auquel on s'y applique. En Seconde, en Rhéto-

(a) *Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solatium præbent; delectant domi, non impediunt foris, etc.* (CICÉRON, *Pro Archia poeta*, VII, 17.)

rique, et tant qu'une forte philosophie chrétienne n'a pas affermi l'esprit d'un jeune homme, le fond des idées manque, et par conséquent la vraie et solide littérature: l'intelligence des grands principes littéraires est nécessairement superficielle, et le sentiment du beau profond; le côté moral et religieux des Lettres, d'où leur vient leur grandeur réelle, leur haute et féconde influence, apparaît peu frappe peu.

La littérature, on ne doit pas s'y tromper, n'est pas chose légère: pour en saisir la portée, la valeur, les vraies et profondes beautés, il faut une maturité de raison qui commence à peine quand finissent les études classiques: c'est alors le moment de revenir sur ses pas, de visiter de nouveau les chemins parcourus, de remonter aux sources, de jeter un coup d'œil plus sûr et plus pénétrant sur ce dont on n'avait guère aperçu que la surface brillante: en un mot, c'est le moment, non d'abandonner, mais de poursuivre cette belle étude des Lettres, et d'un point de vue plus élevé et plus chrétien, si l'on veut y trouver la haute culture qu'elles donnent à l'âme, si l'on veut se former par là un fond riche qui alimente la vie et où plus tard on puise chaque jour, un foyer d'où partent incessamment les illuminations utiles, les inspirations puissantes.

Si donc un jeune homme sorti du collège, ou un homme déjà mûr, voulait revenir à ces études pleines de charme, la première chose que je lui dirais est celle-ci: Quelque restreinte que puisse être la part des loisirs que vous consacrez aux études littéraires, faites de la littérature sérieuse, et, dans le vaste champ des Lettres, n'allez pas au caprice et au hasard; mais dans la littérature ancienne comme dans la littérature moderne, choisissez avec soin, soit les genres, soit les auteurs, soit les époques littéraires: c'est le premier soin, et il est capital.»

Je dis qu'il faut faire un choix entre les diverses branches et les diverses époques de la littérature, et décider tout d'abord celles qu'on veut de préférence et présentement étudier; c'est le moyen d'éviter deux défauts considérables: l'éparpillement des lectures, et la légèreté des études. Je ne dis pas que ce choix doive être immuable et qu'il faille vous enfermer dans un cercle inflexible: mais je dis que pour un temps déterminé du moins, ce choix fixera votre attention et concentrera vos efforts: deux points indispensables pour que le travail soit fructueux.

Quant aux époques, on divise ordinairement la littérature en *littérature ancienne*, comprenant les deux littératures grecque et latine; et *littérature moderne*, comprenant la littérature française et les diverses littératures de l'Europe. Quant à la littérature *contemporaine*, elle n'a pas besoin d'être autrement définie que par son nom.

Les principaux genres, et si je puis dire ainsi, les grandes provinces de la littérature sont la poésie, l'éloquence, la philosophie et l'histoire. C'est des deux premières qu'il sera question ici. Je traiterai à part des deux dernières.

Cette seule énumération démontre la nécessité de la règle fondamentale que nous posons tout à l'heure et avant tout: qu'il faut très-nettement commencer par faire son choix, et délimiter son terrain, eu égard à ses goûts et à ses loisirs.

J'ajoute maintenant ceci, c'est que, quelque soit le choix que l'on fasse, quelque étendu ou restreint que soit le champ qu'on veut embrasser, quelque époque ou quelque genre littéraire qu'on étudie, il faut en tout s'attacher aux grands auteurs, aux grands maîtres, aux grands modèles. On peut plus ou moins négliger les autres, si on est obligé d'imposer une limite plus ou moins étroite à ses études, mais jamais ceux-là.

Cela posé, parlons de la littérature ancienne.

I.

Les grands maîtres, les immortels génies qui ont été les princes de la parole humaine, ce sont les Anciens.

M'arrêterai-je ici à établir l'utilité d'une sérieuse lecture de la littérature ancienne, d'un commerce fréquent avec les grands au-

teurs grecs et latins, et à combattre le préjugé ou le mauvais goût qui ferait considérer une telle lecture comme peu attrayante, ou entachée de pédantisme pour un homme du monde? Non certes; je l'ai fait ailleurs; je n'y reviendrai pas ici. La cause de la littérature ancienne est gagnée aujourd'hui, et les théories qui avaient attaqué bruyamment, il y a quelques années, au point de vue du goût, les classiques anciens, sont tombées d'elles-mêmes.

Je me bornerai à rappeler ici deux points de vue fondamentaux et absolument décisifs pour la question: c'est d'abord que les chefs-d'œuvre de l'antiquité sont et seront éternellement les modèles du beau langage, du grand style et de la grande composition; et en second lieu, que toutes les origines de la littérature sont là.

Ne suffit-il pas d'ailleurs simplement de les nommer, ces grands auteurs, ces illustres esprits, qu'il ne faut jamais délaissier, auxquels il faut toujours revenir? Qui sont-ils donc?

C'est d'abord, pour l'époque, *Homère*, le père de toute la littérature antique: c'est de lui que tous, poètes, orateurs, statuaires, se sont inspirés, ainsi que l'a magnifiquement montré dans un de ces chefs-d'œuvre notre grand peintre, M. Ingres. J'ai déjà dit mon admiration pour Homère je n'ajouterai ici que quelques mots:

Homère, c'est la simplicité antique, unie à la majesté; une simplicité et une majesté que la Bible seule a dépassées;

Les mœurs primitives; des caractères vivants, variés, éternellement vrais: Ajax, Diomède, Nestor, Agamemnon, Ulysse, Mentor, autant de héros avec lesquels il nous semble avoir vécu: types immortels des grands côtés de l'âme humaine, à jamais gravés dans toutes les mémoires;

Puis des scènes qui nous remuent jusqu'au fond des entrailles, parce qu'elles sont puisées dans ce que notre nature a de plus intime et de plus profond: les adieux d'Andromaque, Achille pleurant Patrocle, Priam implorant Achille et lui rappelant Pélée;

C'est la peinture de l'âge héroïque, le tableau des mœurs antérieures à l'histoire. C'est ainsi une mythologie relativement primitive, et qui, à elle seule, mériterait une étude spéciale;

C'est enfin une langue étonnamment riche et harmonieuse; mélange singulièrement attachant d'une naïveté charmante et d'un art qui s'ignore encore lui-même et atteint sans effort et sans étude à tous les effets d'un art consommé:

Voilà Homère: je dis qu'il n'y a pas une bibliothèque digne de ce nom où ne devraient se trouver avec honneur l'*Illiadé* et l'*Odyssée*, ces deux sœurs immortelles. Mais qui étudie, dans le monde, ces grandes œuvres? qui ne croit superflu de les lire? Et cependant, quel immense intérêt, quelle lumière y trouvent encore les hommes qui n'ont pas perdu le culte du grand et du beau!

Pour la grande poésie dramatique, c'est *Eschyle*, *Sophocle*, *Euripide*, ces trois illustres maîtres qui dominent encore les poètes tragiques de tous les temps et de tous les pays. Dans *Eschyle*, si l'art manque un peu, la conception est puissante. Dans *Euripide*, l'art est grand, mais paraît déjà trop; la recherche, le raffinement se fait quelque fois sentir. *Sophocle*, génie serein et lumineux, est au vrai point: il est venu, comme M. Cousin l'a dit de Pascal, à cet heureux moment de la littérature où l'art se joignait à la nature dans une juste mesure, pour produire des œuvres accomplies.

Pour la poésie lyrique, *Pindare* suffit; Pindare, dont la poésie descend, ainsi que l'a dit son timide imitateur, comme un torrent des montagnes. Ses odes ont une autre grande source d'intérêt; elles sont l'unique monument qui nous reste de la civilisation de la race dorienne; c'est-à-dire de toute une moitié de la Grèce.

Pour l'éloquence, à *Démotène*, l'éternel et vigoureux modèle des orateurs de la tribune et du barreau, au discours pour la Couronne et aux *Philippiques*, je n'empêcherais pas qu'on ne joignît aussi *Isocrate*, si bien traduit récemment par M. le duc de Clermont-Tonnerre, de regrettable mémoire (a); *Isocrate*, modèle de la parole élégante et ornée, de l'éloquence académique. Voilà pour les auteurs grecs, — car il sera question ailleurs des historiens et des

(a) Je ne puis m'empêcher de rendre ici hommage à ce noble vieillard, et de dire toute l'admiration que m'inspire le grand exemple qu'il a donné, lui qui, après avoir été vaillant soldat, puis ministre de la guerre, a si dignement honoré sa retraite par le culte des lettres, et enrichi, avant de mourir, notre littérature et notre langue de cette traduction d'*Isocrate*, qui est véritablement une œuvre achevée.

philosophes : Héródote, Thucydide, Xénophon, Polybe, Platon, Aristote, etc., — voilà ceux dont il sera toujours utile et vrai de redire :

Exemplaria graeca

Nocturnâ versate manu, versate diurnâ.

Parmi les Latins, ceux qu'il faut lire, c'est, avant tous les autres, Virgile, harmonieux, tendre, profond, produit le plus noble et le plus exquis du génie romain; et avec Virgile, Horace, son ami, âme non moins belle, esprit non moins charmant, pétri de grâce et de finesse; puis Ovide, abondant, facile, ingénieux; mais Ovide et Horace, surtout Ovide, avec choix. Il va sans dire que je ne conseille ici que les éditions expurgées.

Dans la même mesure, et avec un choix non moins sévère, j'ajouterai Plaute et Térence, l'un pour sa verve comique, *vis comica*, l'autre pour son urbanité attique et romaine. Bossuet faisait lire Térence au fils de Louis XIV, et indiquait dans sa lettre à Innocent XI avec quelles précautions et quelle utilité.

Quant à la tragédie, les Latins, on le sait, n'en ont pas. Le cirque chez eux avait tué le théâtre. Les tragédies de Sénèque n'ont pas été, je le crois, composées pour la scène: ce sont des déclamations en vers.

Mais plus encore que les poètes, je conseille de lire les grands orateurs et les grands historiens de Rome.

Les Discours et les Lettres de Cicéron, indépendamment d'une éloquence et d'un style incomparables, offrent, au point de vue de la politique, de la jurisprudence et de l'histoire, un intérêt, une science, des lumières que bien peu d'écrivains présentent au même degré.

A un jeune homme désireux de s'instruire, ou à tant d'hommes du monde qui ne savent que faire de leurs journées, je dirai donc hardiment: «Prenez l'édition de Cicéron de M. Victor Leclerc, et faites-en, pendant une année, votre lecture assidue, et vous serez étonné vous-même du profit que vous aurez trouvé à cette étude.»

Et certes, je puis bien citer ici, en preuve du charme et de la fécondité de cette lecture, l'exemple d'un homme du monde, notre contemporain, assurément des plus aimables et des mieux instruits, et de l'amitié duquel je m'honore, ancien ministre des travaux publics, qui, au sortir des affaires, cherchant dans les lettres cette douceur et cette lumière dont parle l'orateur romain, se mit à lire de suite et d'un bout à l'autre, dans le latin même, toutes les œuvres de Cicéron (a).

De même que ses orateurs, les historiens de Rome s'étaient formés sur les Grecs. Je vous parlerai, quand le temps en sera venu, de ceux de ces historiens, César, Tite-Live, Salluste, Tacite, dont je conseille encore, et instamment, la lecture aux hommes du monde; car le grand style de l'histoire est là.

Tels sont donc ceux des auteurs anciens qu'il faut absolument relire, dès qu'on a compris le charme et l'intérêt des sérieuses études littéraires. Mais quelle méthode suivre pour cette lecture?

II.

Je vous le disais, mon ami, dans ma première lettre, et c'est sur quoi d'abord j'insisterai encore ici. 1.^o—Donc je voudrais au moins qu'on n'oublie pas ce qu'on a déjà su, qu'on reprît ce qui a été déjà étudié. Cet oubli, cette perte de tout le travail fait pendant sept ou huit années d'études serait vraiment trop regrettable. Car, en définitive, c'est avec les princes, avec les chefs-d'œuvre de la pensée et de la parole humaine, qu'on a vécu pendant les sept ou huit années des études classiques; mais alors on était trop jeune

pour en goûter toutes les immortelles beautés; on épelait plutôt qu'on ne lisait ces livres incomparables; on les expliquait lentement, péniblement, par fragments, par lambeaux, jamais dans leur ensemble et leur harmonieuse unité. Qui a jamais lu dans ses classes les vingt-quatre chants de l'*Iliade* ou de l'*Odyssée*, ou même les douze chants de l'*Enéide*? Quand, avec un esprit mûri par l'âge, avec une pensée fortifiée par tant d'études parcourues et de connaissances acquises, on revient à ces grands maîtres, ce qu'il faut, c'est les reprendre d'un point de vue supérieur, les lire avec réflexion, à loisir, du commencement à la fin; s'attacher non plus seulement à la langue, à la forme, mais au fond même des choses, aux pensées, aux sentiments, à l'étude des caractères, à la conception générale, et en même temps étudier de plus près toutes les beautés de détail: alors quel profit nouveau, et aussi quel charme!

Voilà donc le premier conseil que je donne à ceux qui auront la sage et courageuse pensée de rouvrir leurs vieux classiques, de revoir toutes ces vieilles connaissances, tous ces auteurs plus ou moins chéris ou maudits autrefois: c'est de les lire sérieusement et jusqu'au bout, et je leur réponds qu'à ce prix ils y trouveront un attrait nouveau et surprenant.

2.^o—Et cela, s'il se peut, dans le texte même, ce qui a toujours infiniment plus de charme et de profit que dans une traduction. Et qu'on ne s'effraie pas de ce que je conseille ici: ce retour aux langues anciennes est beaucoup plus facile qu'on ne le croirait; car on les connaît déjà, on les a vues de près, quand on a fait ses études. On les connaît mal, dites-vous. Sans doute; mais ce qu'on en a su aide singulièrement à les rapprendre, et j'affirme qu'il n'y a pas un seul homme, quelque incomplètes qu'aient été ses premières classes, ou quelque oubli qu'il en ait fait, qui ne puisse ainsi les refaire en peu de temps, si elles ont été mal faites; les développer, les achever, si elles ont en un bon commencement.

Mais pour cela, n'allez pas prendre la vieille édition usée que vous aviez autrefois; elle vous inspirerait du dégoût. Prenez une belle et bonne édition, comme il y en a, avec des notes ou des commentaires qui éclairciront pour vous les principales difficultés philologiques, historiques, géographiques. Prenez, par exemple, l'édition classique de Virgile ou d'Horace, par M. Dübner; faites-la relire parfaitement, et relisez Virgile et Horace: vous serez étonnés et charmés tout à la fois d'y voir ce que vous n'y avez jamais vu, d'y trouver ce que vous n'y avez même jamais soupçonné.

Je dis qu'il faut relire parfaitement ces auteurs; et j'ajoute que ce qu'il faut encore, c'est qu'il y ait dans votre bibliothèque un rayon d'honneur, où tous ces grands classiques anciens soient rangés avec ordre et dignité.

3.^o—Il y a du reste un ordre à suivre dans cette étude, qui la facilitera beaucoup. Il faut, non pas s'attaquer d'abord aux auteurs les plus difficiles, mais les reprendre par ordre de classes, en commençant par les simples et les plus aisés à entendre, par exemple, Esope et Phédre, Lucien et Cornelius Nepos, allant ainsi de là progressivement jusqu'aux plus difficiles.

Mais vous avez, mon ami, pour l'intelligence des textes anciens, d'autres secours encore que de bonnes éditions avec des notes; vous avez ces interprétations juxta-linéaires ou interlinéaires, qu'on a faites, dans ces derniers temps, en si grand nombre. On les interdit avec raison dans les mains d'un homme sérieux, elles peuvent servir très-utilement à l'étude du texte, parce qu'elles familiarisent avec la texture de phrase des langues anciennes.

4.^o—Que si quelqu'un, se défiant trop de lui-même, ou craignant trop sa peine, prétend qu'il lui est impossible de se mettre en état de lire les grands auteurs dans le texte, je lui dirai: «Eh bien! lisez-les au moins dans une traduction.» Les traductions, même les mieux faites, je le sais, violent toujours plus ou moins les beautés de l'original. *Traduttore traditore*, disent les Italiens. Toutefois, une bonne traduction met en commerce réel avec un auteur; et si on ne peut lire les grands génies de l'antiquité dans leur langue, je dis qu'il vaut mieux les lire dans une traduction que de ne les pas lire du tout: tous ou presque tous ont été traduits.

5.^o—Un travail excellent, et que je conseille, pour ma part, de toutes mes forces, à ceux qui auront le courage de reprendre cette étude des toutes dont je parle, c'est de faire eux-mêmes des traductions, non comme des écoliers, mais comme des hommes de goût

(a) M. le comte Jaubert. — Et ici je suis heureux d'adresser publiquement l'hommage de ma reconnaissance à M. le comte Jaubert, auquel mon petit Séminaire de La Chapelle, outre tant d'autres marques de généreuse bienveillance, doit sa belle collection botanique et sa collection d'histoire naturelle. Remercé par nos élèves en vers latins, M. le comte Jaubert leur fit la charmante surprise de leur adresser une spirituelle épître, également en vers, qui montrait que le docte membre de l'Institut sait parler la langue de Virgile et d'Horace aussi bien que celle des sciences.

savent en faire: par exemple, prendre, dans les auteurs que j'indiquais tout à l'heure, tel morceau de premier ordre, particulièrement beau, et s'exercer à le traduire soi-même. Ce travail a un double et considérable avantage: celui d'abord de faire pénétrer bien plus profondément, par l'intelligence plus complète du texte, dans l'intelligence des beautés littéraires de l'auteur; c'est aussi un des exercices de style les plus utiles que je connaisse (a). Je trouverais, pour ma part, excellent qu'un homme du monde eût un cahier contenant des extraits des plus beaux passages des Anciens, faits et traduits par lui-même avec le dernier soin.

6.^o—Enfin, un autre secours très-précieux pour l'intelligence philologique et littéraire des anciens auteurs, ce sont les travaux des critiques et des commentateurs modernes, auxquels je conseillerais de joindre aussi la lecture des rhéteurs anciens. Les travaux des commentateurs écartent les difficultés du texte, éclairent les obscurités, et révèlent les beautés plus délicates, qu'une connaissance approfondie des principes permet aussi de mieux sentir; double secours, également utile pour les auteurs anciens et pour les auteurs modernes. Plus on pénètre dans l'intelligence d'un auteur, plus, évidemment, on trouve de charme et de profit à sa lecture. Ces critiques sans doute ne sont pas toujours des oracles absolus, et on ne doit pas jurer aveuglément sur la parole d'un commentateur; mais je maintiens qu'ils servent beaucoup à faire comprendre les auteurs, à former le goût littéraire, et à développer le sens critique dans celui qui les lit avec réflexion.

Aux hommes donc désireux de ces études, j'indiquerai dans l'antiquité, comme les plus grands des rhéteurs: *Platon*, qui, dans plusieurs dialogues, et *Aristote*, qui, principalement dans sa *Rhétique* et sa *Poétique*, ont fait la philosophie de la littérature; *Cicéron*, philosophe encore, quoique moins profond, surtout écrivain délicieux, couvrant de tous les agréments du beau langage l'aridité des préceptes de dactique, dans son *Brutus*, dans l'*Orator*, dans ses livres *De la Rhétorique*; et enfin *Quintilien*, simple rhéteur, mais homme de bien consommé dans son art, et aussi *Longin*, dans son traité *Du Sublime* traduit par Boileau.

Voilà les sources où les modernes ont puisé: *Fénelon*, dans ses admirables *Lettres à l'Académie*, dont je ne saurais trop recommander la lecture; *Blair*, *La Harpe*, *Rollin*, sans oublier le *Padre Jouvency*; et aussi tous ces auteurs élémentaires, foule innommée, mais qu'on a le tort de laisser trop de côté. Peut-être ne serait-il pas inutile d'en relire quelques-uns de temps en temps, parce qu'au mois, à travers les minuties qui s'y rencontrent parfois, les principes généraux s'y retrouvent analysés et précisés.

Le P. Lacordaire a dit quelque part qu'il avait horreur de la rhétorique; je dirai, moi, mais dans un autre sens, et sans le contredire, que j'aime la rhétorique; mais par là j'entends la bonne rhétorique, la connaissance approfondie des principes, la philosophie de la littérature. J'estime qu'il y aurait un avantage considérable à se faire, sur la littérature en général et sur chaque branche de la littérature en particulier, des idées précises, des principes, et c'est un travail que je conseille à ceux qui en auraient le goût et le talent.

Quant aux critiques modernes, le meilleur, au XVIII^e siècle, c'est *La Harpe*. Mais il a ses défauts comme ses qualités. Excellent pour la littérature dramatique française notamment, il est presque nul pour la tragédie grecque. Comme la plupart des hommes de son temps, il ne la comprend guère: le P. *Brumoy*, jésuite (*Théâtre des Grecs*, 3 vol. in-4.^o), en a mieux l'intelligence. Mais la Grèce alors même, n'était encore que superficiellement connue. L'abbé *Barthélemy*, dans son *Voyage du jeune Anacharsis*, a, sur ce point, fait faire un pas à la science; mais il a été lui-même dépassé, en Allemagne, en France, par la critique moderne. La critique moderne est à la fois plus philosophique et plus savante que celle du XVIII^e siècle: Elle envisage les auteurs et les écrits d'un point de vue supérieur, et se déploie dans un plus large horizon.

Un des premiers rénovateurs de la critique en France, c'est *M. Villemain*. Son *Tableau de la littérature française au moyen âge*, ses *Leçons la littérature française au XVIII^e siècle*, sans parler

de l'éloquence et du style, envisagés au seul point de vue de la critique littéraire, offrent les détails les plus intéressants, les vues les plus neuves, des appréciations d'un goût exquis. Il a appliqué admirablement sa méthode dans un livre de haute critique sur un des grands écrivains de l'antiquité que j'ai nommés, *Pindare*.

L'ouvrage de *M. Patin*, sur les tragiques grecs, est un vrai chef-d'œuvre d'érudition et de critique. Le spirituel et savant professeur, *M. Saint-Marc-Girardin*, a écrit aussi plusieurs ouvrages de critique littéraire de premier ordre. Voilà des écrits que je voudrais voir dans la bibliothèque de tout homme de goût.

M. Egger a publié deux volumes nécessaires à quiconque voudrait étudier plus à fond les lettres antiques: une *Histoire de la critique chez les Grecs*, un *Essai sur les historiens de l'Histoire d'Auguste*. Un petit essai de *Grammaire générale*, composé par lui sur la demande d'un ministre de l'instruction publique, est aussi fort utile.

J'ai nommé l'*Anacharsis*; à cet ouvrage, élégamment écrit, et plein de très-bons renseignements pour l'intelligence de la littérature grecque, je joindrai *Rome au siècle d'Auguste*, par *M. Dezobry*, travail de si curieuse et si solide érudition (a).

Je ne veux pas vous en dire davantage, mon cher ami, sur l'étude possible et nécessaire de la littérature ancienne pour un homme du monde.—Réapprendre courageusement les langues anciennes pour lire, s'il se peut, les grands auteurs dans leur texte; les lire au moins dans des traductions; s'exercer soi-même à en traduire avec soin quelques beaux passages; s'aider; pour cette lecture des grands critiques, soit de ceux qui ont fait la théorie de la littérature, soit de ceux qui ont plus spécialement apprécié et commenté les auteurs:—avec tous ces secours, lire, d'après un plan arrêté d'avance, soit selon l'ordre progressif où ils ont été vus dans les classes, soit selon les genres et les époques littéraires, et d'un bout à l'autre, ces grands génies, qui sont et demeurent les éternels modèles du beau: je dis, mon cher ami, que c'est là une occupation des loisirs aussi utile qu'agréable, et n'eussiez-vous à faire votre choix qu'entre ces deux grandes littératures de la Grèce et de Rome, dussiez-vous borner là vos études littéraires, certes, il y aurait là plus qu'il n'en faut pour vous sauver du désœuvrement et de l'inertie, et donner à votre esprit une forte et riche culture.

Mais la littérature ancienne n'est qu'une partie de la littérature, et ce vaste champ des Lettres a d'autres sujets d'étude encore à vous présenter; je vous en dirai quelques mots dans notre prochain entretien.

(à suivre).

CARTAS

À UN SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA SANTA CRUZ

sobre los estudios que pueden convenir para emplear los ocios de un hombre de mundo.

CARTA PRIMERA.

NECESIDAD DEL TRABAJO Y DEL ESTUDIO PARA LOS QUE NO TIENEN CARRERA Y PARA LOS QUE TIENEN UNA.

Mi querido amigo:

Existe en nuestro actual estado social una situación que con frecuencia ha llamado seriamente la atención de los hombres reflexivos, la del gran número de jóvenes y de hombres que tienen fortuna, ó por lo menos bienestar y descanso, y que, á consecuencia de circunstancias más ó menos independientes de su voluntad, no han seguido una carrera. ¿Qué empleo hacen, y cuál podrían hacer, de sus ratos de ocio para el desarrollo de su inteligencia y la cultura de su talento? Esta es una grave preocupacion á la que es imposible,

(a) J'ai traité cette question dans mon premier volume *De la haute Éducation morale*, liv. I, chap. viii, et liv. V, chap. vii.

escapar cuando uno se interesa por su país y por su tiempo, y sobre la cual, puesto que lo deseais, tendré gran placer en deciros aquí, con la sencillez de una correspondencia familiar, mis pensamientos, fruto de mi experiencia; y tal vez los consejos que yo tendré ocasion de daros, ya á vos, ya á vuestros colegas, podrán ser, por la necesidad, de aplicacion más general, y de provechosos resultados á todos los que comprendan su utilidad y quieran darles acogida.

Yo acepto tanto más gustoso la ocasion que me presentais de decir mi opinion respecto á este punto, cuanto que tenia precisamente el propósito de terminar mi gran trabajo sobre la educacion con algunas reflexiones sobre esta materia, porque siendo la educacion en cierto modo, segun creo, no sólo la obra de la juventud, sino la de toda la vida, yo debia, para no olvidar nada, despues de haber dicho cómo del niño se hace un hombre, decir tambien cómo y por qué serie de trabajos personales el hombre proseguirá todavia su desenvolvimiento intelectual, ennobleciéndose y educándose hasta el fin, como cumple á su deber y á su honor. Vos me ofrecéis, amigo mio, la ocasion de dar cima á mi obra, y yo os lo agradezco.

I.

Hay entre nosotros una profunda division entre los hombres de mundo y los que se dedican al estudio, es decir, que generalmente en el mundo, con casi ligerísimas excepciones, el que no es literato ú hombre de ciencia, ni ha seguido una carrera, no estudia; créese que debe cesar todo trabajo serio de espíritu desde que se sale del colegio (a).

El canceller de Aguesseau no era de esta opinion, cuando escribia en otro tiempo á su hijo estas graves palabras: «No creais que nada os resta que hacer porque habeis terminado dichosamente vuestros primeros estudios; un trabajo mayor debe sucederles y una carrera más larga os esepa: todo lo que habeis hecho hasta aquí, no es sino un escalon, una preparacion para elevaros á estudios de un orden superior.»

Yo no sé si se encontrarian hoy muchos padres que empleen este lenguaje con sus hijos; por lo ménos, se reconocerá que las palabras de este gran magistrado tienen perfectísima aplicacion á los estudios y á la juventud actual, sobre todo á ese número considerable de jóvenes que no siguen carrera alguna, y de los cuales se dice comunmente en el mundo que nada hacen.

No entraré á indagar aquí qué causas han podido producir este abandono en los estudios, este retraimiento en la vida privada, ni hasta qué punto sea todo esto legítimo y honroso, ni qué compensaciones podria tener: ya he dicho en otra parte, y con fuerte voz, mi opinion sobre todos estos puntos.

Pero, aceptando la situacion, que no me es dado cambiar, y examinándola bajo el punto de vista particular de los estudios liberales y de aquellos trabajos del espíritu que, no sólo pueden ofrecer un noble y grato empleo de las horas de ocio, sino que son al mismo tiempo los más propios para dar al hombre la conciencia de lo que vale, me pregunto yo, qué son y que podrian llegar á ser los jóvenes y los hombres de fortuna y bienestar que no tienen carrera.

Y desde luego, los jóvenes, qué hacen? ¿En qué se pasan sus largos dias? ¿Qué uso hacen de las brillantes facultades que Dios les da con frecuencia? Son útiles siquiera para sí mismos? La verdad es

(a) Un amigo mio que ha leído estas páginas en el *Correspondant*, donde aparecieron primeramente, me escribia á propósito de esto: «Esta separacion existe en mi provincia, no sólo de hecho, sino en principio. Se tiene entre nosotros, generalmente en la buena sociedad, una preocupacion hostil respecto á los estudios serios: hay sociedad donde un hombre de la primera nobleza no seria tan bien recibido si al mismo tiempo fuese hombre de letras, como si por esto hubiera degenerado. Diríase que es un retroceso á las preocupaciones de la Edad media, en que la nobleza relegaba con desden la lectura al clero y se vanagloriaba de no saber más que guerrear. Entónces no se sabia leer, pero al ménos se guerrea; hoy se sabe leer, pero ni se lee, ni se guerrea.»

Debo, sin embargo, manifestar que, á pesar de la division de que hablamos, esta preocupacion no existe en todas partes, por lo ménos en tanto grado, y que, al contrario, hombres de alta cuna, jóvenes sobre todo, se honran entre las personas sensatas, sólo por esto, dando á conocer les gusta la ocupacion y el trabajo serio.

que un gran numero, terminados sus primeros estudios, no hacen nada, ni aún estudiar leyes, que no lo es verdaderamente, dedicarse á ello con ligereza y vulgaridad, sin profundizar ninguna cuestion, para apresurarse, apenas recibidos los primeros grados, á cerrar los libros de Derecho, como han cerrado todos los demas.

Yo os pregunto, amigo mio: una juventud pasada de este modo, aunque no destruya absolutamente el espíritu, el corazon, la vida entera, qué frutos produce? qué talentos puede desarrollar? ¿qué hombres prepara para el porvenir de un país?

Fijémonos en los mejores de estos jóvenes—aquellos que, gracias á las influencias de la educacion y de la familia, han tenido la dicha de conservarse buenos y honrados—transcurrida su juventud, ¿qué es de ellos? Saben entónces ocuparse en algo? No; hombres ya, continúan en la ociosidad en que han pasado su primera juventud; se contentan con los estudios clásicos, de ordinario tan medianos, y, satisfechos de las cómodas ventajas de una existencia asegurada y tranquila, pasan el resto de su vida en el abandono de todo trabajo intelectual, no sólo sin producir nada, sino sin estudiar jamás cosa alguna con constancia, ni aprender nada á fondo, los ménos ocioso con una apariencia de ocupacion que les engaña y entretiene, pero que no es de resultados ni para ellos ni para los demas.

Muchos leen, no lo ignoro, y mucho más de lo conveniente algunas veces, porque, qué leen y cómo? ¿Con qué método, qué fin, qué aplicacion? Yo he podido apreciar lo que son estas lecturas; yo he visto algunos de estos jóvenes en su gabinete, envueltos en su bata, recostados en su sillón delante de la chimenea y con un libro frívolo, una novela en la mano; eso era todo lo que leian. Yo recuerdo haber visto en algunos papeles de Mr. Talleyrand estas palabras: «Es mucho más dulce y descansado leer que escribir.» Leer y hacer de la lectura un trabajo, leer y aprovechar la lectura, es lo que raramente se hace.

Y ¿qué diremos, amigo mio, de los que no leen nada jamás, de los que, no sólo no consiguen leer un libro por completo, cualquiera que sea, á excepcion de una novela, sino que ni aún pueden concluir un artículo de revista un poco serio? Sí, ¡hay mujeres y hombres de mundo, hay jóvenes que son así! He conocido algunos á quienes he hecho tomar una suscripcion en el *Correspondant*, para obligarles á leer, al ménos una vez al mes, algo útil, y que me han confesado que esto mismo era demasiado fuerte, su espíritu no podia soportarlo. No; es preciso decirlo: el atractivo, el gusto no está ahí, está en otra parte, y bien se comprende así al encontrarlos en su ocupacion diaria más importante, el paseo *al bosque*, algunas veces desde temprano, en esas horas tan favorables para el trabajo intelectual; ellos van en su elegante tilbury guiando los caballos, con el cigarro en la boca y su *groom* al lado, y con un aire de satisfaccion que parece decir: «Soy un hombre importante y disfruto de la vida,» olvidando totalmente en esta satisfaccion de sí mismos su completa nulidad.

Y sin embargo, estos que leen ménos, ¿no son frecuentemente los que tienen más necesidad de leer y más tiempo para ello?

Hé aquí sin ninguna exageracion—quién no lo sabe? ¿quién no lo ha visto?—la verdad de las cosas respecto á una infinidad de jóvenes y de hombres admirablemente dotados algunas veces, que podrian ser muy útiles á sí mismos si supieran cultivar su inteligencia, y á los que no falta para llegar á ser hombres distinguidos, superiores tal vez, sino emplear mejor su tiempo y su vida.

Ahora bien; que esta pérdida del tiempo y de la vida sea lamentable y toda esta situacion profundamente triste, es lo que sienten y confiesan aquellos mismos que se resignan.

Los fútiles placeres pueden distraer algun tiempo en la edad de la irreflexion y de la ligereza, pero se concluye bien pronto por sentir el vacío, al que no tardan en suceder la saciedad, el disgusto y el fastidio.

No es posible alejar siempre toda reflexion, ni dejar á veces de decirse á sí mismo: «¿Pero de qué sirve mi vida, y qué hago yo sobre la tierra? Inútil á los demas y á mí mismo, absolutamente estéril, es ésta mi mision en el mundo como hombre y como cristiano?»

Y si esto no es el aguijon de nobles pensamientos que vienen á sacudir la habitual ociosidad y perezosa inercia, no pueden escapar por lo ménos á una triste mirada sobre sí mismos, ni en todo caso á la dolorosa conciencia de su inferioridad. Grandes son sus esfuerzos

para ahogar esta voz interior, ya pensando que existen muchos otros que, como ellos, nada hacen, ya diciéndose con complacencia que bastaría querer para hacer tanto ó acaso más que los que tienen alguna ocupación; pero sienten, mal que les pese que se debilitan que se reducen á una absoluta nulidad.

El hecho es que, viviendo de este modo, los más ricos dónes de Dios perecen, la inteligencia se embota, la actividad del pensamiento se disminuye, el alma pierde todo entusiasmo, en poco tiempo se llega á ser un hombre ordinario, aunque se haya nacido con algún talento; y si no se tiene más que un espíritu mediano, es difícil decir hasta qué vulgaridad de alma y de vida se puede descender. Quién no ha visto esto á su alrededor?

Por otra parte, mi querido amigo, aunque no se quiera, es preciso tratar con los hombres; y sin cesar, en las relaciones del mundo, hay humillantes revelaciones de lo poco que uno vale, de su nulidad para manejar un negocio, para ejercer ascendiente ó autoridad alguna en una asamblea; y no me refiero solamente á las grandes asambleas del país, los Consejos generales, el Cuerpo legislativo, el Senado; hablo de la más pequeña reunión, en que haya de encontrarse con sus iguales, algunas veces con sus inferiores; de una junta de beneficencia, de un consejo de administración de que sea presidente, donde se encuentran los hombres importantes de la ciudad, y á los cuales por esto mismo es preciso hablarles razonadamente: hablo también del más pequeño consejo municipal, al cual es uno llamado aunque no sea más que por su fortuna y á título de mayor contribuyente, y donde algunas veces no puede defender, contra los sofismas y groseros sarcasmos de la filosofía racionalista, ni los intereses de la Religión y del Municipio, ni las necesidades de la caridad y de los pobres.

¿Se creará encontrar una compensación en la vida privada, en la dicha de la familia? Ah! Aun sin dudar que la existencia privada proporcione en efecto el gran bien de una vida dichosa de familia, con todas las dulzuras de una alianza bendecida por Dios y las afecciones y el reposo del hogar doméstico, creo que esta cómoda felicidad y tranquilas virtudes no bastan largo tiempo por sí solas para llenar el alma, ocupar las largas horas del día y reemplazarlo todo sobre la tierra.

Además de que la conciencia de su inutilidad es para todo hombre de corazón, y principalmente para todo cristiano, una pesada carga, es preciso añadir que, un hombre que no hace nada, pronto se entrega al mal; y aún cuando no llegue á los excesos que enseña la ociosidad, no por eso será menor su responsabilidad para consigo mismo y para con los demás. ¿Quién no sabe cuánto pesa un hombre ocioso en su familia, sobre su mujer, sobre sus hijos, sobre todos? La pobre mujer, que no da un paso sin encontrarle en su presencia desocupado y de mal humor, no puede evitar algunas veces, por buena y dulce que sea, el decir por lo bajo: «Oh! ¿Por qué no ha de tener alguna ocupación, por qué no ha de estudiar sea lo que quiera!» Pero este hombre da además un ejemplo deplorable á sus hijos. La experiencia me ha demostrado que no hay nada más difícil que hacer trabajar y educar seriamente á un niño cuyo padre no hace nada; cuando le dice: «¿Qué haréis vos mañana?»—él tiene una respuesta rápida y sencilla: «Yo haré lo que mi padre.»

Bastante frecuentemente he advertido el peligro y declarado muy alto, á los que se encuentran en este caso, hasta dónde conduce la ausencia del trabajo, y qué desastres hacen caer la inercia y la ociosidad sobre los nombres más ilustres, sobre las familias más elevadas, sobre las más sólidas fortunas.

Nada tengo que añadir aquí, pero podría formarse sobre este punto una curiosa y aterradora estadística.

II.

Pero esta clase de jóvenes y de hombres de mundo, querido amigo mio, no es la única en que se hacen notar tristemente esta pérdida del tiempo y esta ausencia del trabajo de la inteligencia: mi pensamiento se ha fijado frecuentemente, con pesar, en otros hombres, en otras existencias más ocupadas, pero en que, sin embargo, veía todavía muchos ratos de ocio, ocio empleado inútilmente, en

futilidades altamente impropias de hombres graves, mucho más cuando les sería tan fácil consagrar una parte de estos ocios á aumentar sus conocimientos y á cultivar su espíritu con fruto.

Me explicaré.

Yo tengo la convicción de que en las carreras más liberales hay una pérdida considerable de tiempo y de fuerzas, y que, si cada uno se preguntase á sí mismo, muchos encontrarían que no hacen todo lo que pueden hacer, y por consiguiente que no son lo que deberían ser.

Recorramos las diferentes carreras sociales, desde las más elevadas hasta las más humildes. Hé aquí en primer lugar los magistrados, los hombres del foro, carrera eminentemente honrosa; pues bien, á los jóvenes magistrados, á los hombres del foro yo me atrevería á aconsejarles que, no encerrándose en sus estudios especiales, recorrieran más ancho campo, llevando á otros ramos del saber humano la actividad de un espíritu tan bien preparado por lo demás para estos mismos estudios. Yo no ignoro cuán noblemente ocupan su vida el abogado y el magistrado; pero, sin embargo, ¿quién no sabe que muchos de ellos tienen sus ratos de ocio, de que podrían sacar gran provecho para otros trabajos? ¿Por qué, por ejemplo, no unir á la ciencia del Derecho y de los negocios los estudios literarios, históricos y filosóficos? En estos estudios, en esta elevada cultura del espíritu y de todas las brillantes facultades del alma hay algo más que un encanto, hay un apoyo y una antorcha para la misma ciencia del Derecho y para el talento de la palabra. Acaso un magistrado ó un abogado versado en literatura, como lo eran de Aguesseau, Patru y Cochin, filósofo erudito como Portalis el viejo, conocedor de la historia como el presidente Hénault, profundamente instruido en su religión como Domat y nuestro compatriota Pothier, como lo fueron Mathieu Molé, Lamoignon y todos los grandes magistrados del siglo xvii, acaso, repito, un magistrado así, un abogado con tales dotes, ¿no añadiría á sus conocimientos una elevación, una gravedad mayores, y más atractivo, más dignidad, más poderío á su palabra? ¿No existen secretas armonías entre las facultades del espíritu humano? Toda cultura elevada, generosa, fecunda, ¿no aprovecha en definitiva al espíritu mismo y no engrandece al hombre todo?

Y esto que digo de los magistrados y abogados, ¿a cuántos otros no podría aplicarse? Noble profesión y que exige una seria cultura intelectual es la del ingeniero; pero sus conocimientos especiales son las ciencias exactas. Ahora bien, ¿se encierra todo en estas ciencias? Y por importantes que sean, circunscribirse á ellas rigurosamente ¿no sería cerrar grandes y hermosos horizontes, dejar sin satisfacer nobles necesidades del alma? Por el contrario, unir á los trabajos científicos de la construcción de puentes y caminos bellos é interesantes estudios literarios ó sociales, á ejemplo de Mr. le Play, del baron Dupin y de lo que vemos en nuestra misma ciudad de Orleans, no es más honroso, elevado y grande todavía?

Y los militares? ¿Quién no conoce los ocios, disgustos y peligros de la vida de guarnición? Todos sabemos que no hay carrera alguna en que llegue á mayor grado la falta de ocupación: con tal vida los jóvenes, algunas veces muy distinguidos, que salen de las Escuelas Politécnica y de Saint-Cyr, ningún adelanto pueden hacer en su desarrollo intelectual, ni en su vida moral y cristiana; y si cierran inmediatamente los libros, si pierden el hábito del estudio verdadero, si pasan en el café sus horas de ocio, si no saben leer más que el *Siècle*, ¿no es posible que al cabo de algún tiempo su espíritu deje de sufrir excesivamente, y que, á pesar de las maneras elegantes que todavía aparentan, no se encuentren en ellos, si se les ve á menudo, más que pensamientos mezquinos, y algunas veces hasta un lenguaje que está muy lejos de ser el de la sociedad francesa? Y, sin embargo, ¿qué recursos ofrecen las bibliotecas de nuestras grandes ciudades á un militar estudioso? Tengo seguridad de que los hombres notables que en gran número tenemos en el ejército son aquellos que han sabido utilizar sus recursos y sus horas de ocio. La biblioteca del Senado, por ejemplo, es muy rica en bellas colecciones militares; allí, y en cualquiera otra parte, deben leer nuestras grandes campañas, aún relatadas por nuestros adversarios; pues los ingleses, los alemanes y los rusos han escrito obras muy serias, que completan y algunas veces corrigen las nuestras.

Y todos estos jóvenes subtenientes, á los cuales Luis XVIII decía

agradablemente en Saint-Cyr que llevaban en su cartuchera el baston de mariscales de Francia, ¿no deberían estudiar todo esto y muchas otras cosas todavía?

De cualquier modo, se puede asegurar que un oficial joven, capaz de un trabajo constante é inteligente, adquiere sólo por esto una justa consideracion en el mundo, y yo digo más, por haberlo visto, la estimacion y aun la confianza de sus camaradas. Por otra parte, no es preciso que se diga de un militar: «Es un escritor, ha hecho un libro,» para que adquiera reputacion; le basta que se diga: «Se instruye, es aplicado,» y héle aquí desde luego singularmente conocido. De qué proviene esto? Esto nace de que, no sólo su espíritu ha adquirido mayor cultura é ilustracion en este noble comercio de las letras, sino que su vida moral, sobre todo, se ha ennoblecido por el generoso esfuerzo que le hace acatar libremente la gran ley del trabajo. Sea como quiera, me parece, amigo mio, que tales pensamientos no pueden encontrar mala acogida en la patria de Vauban, Catinat, Berwick, Turenna y Condé.

¿Y no es tambien cierto que en nuestro innumerable personal administrativo, en nuestras oficinas de todo género, cierto número de hombres y de jóvenes, si deplorablemente no perdiesen la costumbre del trabajo intelectual, se procurarían un tiempo precioso para estudios religiosos y elevados?

Y entre los hombres de negocios y de dinero, esos hombres de la alta banca, que tienen algunos de ellos tanto talento natural, ¿cuántos no hay que con una prudente y sabia direccion y una voluntad perseverante podrían colocarse, por la cultura de su inteligencia, á la cabeza de sus conciudadanos?

Yo les diré á todos estos hombres: «¿No es esto aún allí una necesidad para vosotros? Cuando salís de vuestros despachos ó de vuestros escritorios, ¿no sentís el deseo de un aire más puro, de un horizonte más dilatado? ¿No sentís que vuestra alma fatigada, comprimida, quiere respirar y dilatarse en una region más elevada?»

«Pero, me direis, despues de un dia dedicado á los negocios, la única necesidad que se experimenta es la de volver al seno de su familia, la de reunirse y distraerse entre sus amigos ó en alguna honesta diversion.» Yo admito esta necesidad, y estoy muy lejos de censurarla; pero, sin embargo, no deja de ser cierto que sería posible y digno de deseo dedicar tambien algun tiempo á la vida intelectual, y que la cultura del espíritu es para los hombres de posicion y considerados en su país una necesidad de primer orden que no se debe sacrificar.

Por lo demas, yo reconozco con satisfaccion que, de treinta años acá, la industria, el comercio, las grandes compañías se han formado de hombres de indisputable mérito, que, no queriendo ser empleados, anhelaban sin embargo alcanzar honrosamente para ellos y sus familias la fortuna y la independencia; y, entre estos hombres, los hay que han sabido unir el cultivo de las letras á los más grandes trabajos industriales.

Yo pregunto de buena fe á todo joven inteligente, aún á aquellos que trabajan muchas horas al dia en un escritorio: «¿Qué! ¿no podréis dedicar por la mañana ó por la tarde, con regularidad, una hora ó dos á estudios continuados, que os enseñarían una multitud de cosas que ignorais?»

No; ésta no es una cuestion de tiempo, es una cuestion de voluntad; se trata únicamente de saber qué vale más para vosotros: la pereza de la mañana y las fútiles distracciones de la noche, ó el dedicaros á estudios serios que podrían llenar tantos vacíos en vuestros conocimientos, y daros un valor intelectual que no teneis y podríais tener. Abrazad menos materias, yo os lo aconsejo; reducid el círculo de vuestros estudios; pero ocupaos al menos de algun trabajo continuado que, sosteniendo el vigor de vuestra inteligencia, impida el embotamiento que contrae lentamente todo espíritu que no se ejercita.

Vosotros, artistas, que dais vida al mármol y animacion al lienzo, ¿no comprendéis que las artes tienen una relacion íntima con las letras, la poesía, la historia y la religion, y que el conocimiento de los grandes genios de la antigüedad y del Cristianismo ha de elevar vuestra alma y despertar en ella el entusiasmo?

¿No han existido en otros tiempos impresores y libreros, los Estienne, por ejemplo, de memorable renombre, que marchaban á la altura de los primeros hombres de su época, por su erudicion y su

ciencia? Hoy tenemos todavía entre nuestros grandes tipógrafos Mres. Mame, Didot, Hachette, Delalain, Dédobry, — para no nombrar sino aquéllos, — hombres de una verdadera cultura intelectual, al mismo tiempo que de una gran capacidad industrial. ¿Por qué nuestros impresores y libreros no habian de ser todos literatos, al menos hasta donde les es casi indispensable para su profesion?

Ya lo veis, amigo mio; yo invito á estudios constantes, elevados, liberales y religiosos, no sólo á los jóvenes y hombres de fortuna y bienestar que no tienen carrera, sino tambien á los que tienen una, sea la que quiera, judicial, administrativa, militar, industrial ó comercial. Seguramente yo no aconsejo á éstos el abandono de su profesion especial; pero sostengo que no les es absolutamente imposible, y les sería infinitamente provechoso, abrirse nuevos horizontes y elevar el nivel de su espíritu, y á ellos, en la medida conveniente, se dirigen los consejos que me pedís, y que comenzaré á exponeros en mi próxima carta.

ESTUDIOS DE DERECHO POLÍTICO

(CONTINUACION.)

El fin del hombre en esta vida podemos decir que consiste en la *realizacion del bien*, idea más exacta, en nuestro concepto, que la de que es todo lo que constituye su felicidad. Este fin lo realiza unas veces por sí mismo, y otras contribuyen los demas hombres á realizarlo; pero se diferencia considerablemente en sus medios de realizacion el ser humano de los que emplea el *ser cosa*, puesto que en éste la realizacion del bien físico no es más que un accidente providencial, al paso que en el hombre existe, además de la realizacion del bien físico que debe verificar como los demas seres la realizacion del bien moral, que depende de su voluntad, pudiendo de hecho cumplir ó no cumplir las leyes á que está sometida su naturaleza racional, y habiendo por lo tanto posibilidad de infraccion, de mérito ó demérito, de premio y castigo.

Pero todavía, habiendo eliminado ya muchas de las leyes que no pueden ser objeto del Derecho, no hemos llegado á determinar el círculo preciso en que el Derecho tiene su esfera propia. El bien, que en su origen supremo, en Dios, es absoluto, viene á ser infinito y condicional respecto de la vida humana: el hombre no puede realizar el primero, no puede practicar más que un bien parcial y relativo; y como estos bienes tienen que ser condicionados unos por otros y deben servir de *condiciones* para la vida del hombre y de la sociedad, resulta que, además del carácter absoluto del bien que reside en la moralidad interna, hay una faz condicional y exterior que para la vida humana y actual es de una utilidad más inmediata. Bajo este punto de vista, los seres dependen unos de otros, y se determinan recíprocamente en su existencia y desarrollo bajo ciertas condiciones. Existe, pues, un conjunto de condiciones que deben cumplirse por la accion voluntaria de todos para que pueda realizarse cada bien en armonía con los demas, y estas condiciones del bien realizarse necesariamente, porque son las de existencia de la vida social, y su infraccion impide el desarrollo de esta misma vida. En cuanto estas mismas condiciones son exteriores y exigibles, vienen por lo tanto á constituir el Derecho. El Derecho, por lo tanto, dice Krausse, es el «conjunto de condiciones dependientes de la voluntad humana y necesarias para el cumplimiento del fin racional asignado al hombre y á la humanidad.»

La concepcion que Krausse forma del Derecho es, por lo tanto, bastante completa; pero, en nuestro sentir, falta á esta definicion la idea que el mismo autor desarrolla, á saber, la de que estas condiciones han de ser *exigibles* por medio de coaccion externa; pues, si no, queda confundido en la definicion el campo que comprende la moral y el que abraza el Derecho.

En efecto, la moral y el Derecho son ciencias de la voluntad, y ambas tratan de la realizacion del bien; ambas comprenden las condiciones necesarias para el cumplimiento de los fines racionales asignados al hombre y á la humanidad; pero diferéncianse considerablemente en que la primera determina la condicion del acto en si se refiere á la pureza de la intencion ó del motivo, al paso que el Derecho se refiere al acto externo; por eso la limosna aceptable bajo el punto de vista del Derecho, sea cualquiera la forma en que se dé, no lo es bajo el punto de vista de la moral si no se hace segun el precepto del Evangelio, «de modo que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha.» La moral es, por otra parte, más extensa, puesto que comprende toda clase de preceptos; su sancion se establece por medio de la conciencia y el precepto religioso, al paso que el Derecho está sometido á la sancion de las leyes positivas. Por consiguiente, las obligaciones del Derecho pueden ser exigibles por medio de coaccion externa, son *coercibles*, y las de la moral sólo son susceptibles de la coaccion interna.

Esto es lo que los jurisconsultos de la escuela de Derecho natural del siglo XVII expresaron con la distinción de deberes perfectos e imperfectos, conociendo con el primer nombre los exigibles por medio de coacción, y con el segundo los que no lo son bajo este punto de vista. La importancia de establecer esta diferencia entre la moral y el Derecho es tal para la aplicación de nuestro estudio, que sin ella no es posible apreciar debidamente muchas instituciones que aparecen en el Derecho político de los diferentes pueblos, en algunas de las cuales se ha confundido el aspecto jurídico con el moral.

Hemos llegado, por lo tanto, á la noción del Derecho, y nos hemos fijado particularmente en la concepción de Krausse, que es en rigor la más completa. Sin embargo, en el orden del desarrollo histórico del Derecho encontramos otras nociones más ó menos exactas, más ó menos aproximadas, principalmente desde que la ciencia del Derecho se estableció sobre bases fijas por Hugo Grocio y otros escritores, y desde que Tomasio determinó ya la diferencia que existía entre la moral y el Derecho, cuya diferencia fijaron definitivamente después otros varios jurisconsultos. Pero en la imposibilidad de seguir ese progreso histórico de la idea del Derecho que se presenta siendo correlativo al progreso y desarrollo de la misma humanidad, nos fijaremos principalmente en la noción que nos dió el Derecho romano, en la que nos dan Savigny, Lermínier, Kant, y por último la escuela de Krausse.

Dijimos que en el Derecho romano se había comprendido ya la acepción subjetiva del Derecho al definirle «*facultas agendi, vel possidendi, vel alia consequendi*»; consideraban, por lo tanto, los romanos en el Derecho, al mismo tiempo que una regla de acción, una facultad, un poder, una condición según la cual se determina la voluntad para obrar, para poseer ó para conseguir alguna cosa. Savigny, representante de la escuela histórica, siguiendo el espíritu del Derecho romano y modificando esta definición, dice que el Derecho es «el poder del individuo conocido y respetado en su ejercicio por los demás hombres»; definición que ya se acerca más á la verdadera idea del Derecho. Lermínier dice que el Derecho es «la armonía y la ciencia de las relaciones obligatorias de los hombres entre sí», y establece ya como fundamento necesario la idea de la condicionalidad, de la relación del hombre con el hombre, viniendo á considerar el Derecho como la vida misma de la humanidad.

Después de decirnos este autor que el Derecho significa y viene á representar el movimiento y la vida de los seres, se vale de un ejemplo para desarrollar una idea: supone en el reino vegetal dos plantas colocadas una en mejor posición y en mejores condiciones de desarrollo, y desde luego deduce que la consecuencia será el que la más favorecida por la naturaleza se desarrollará mejor; en el reino animal, dos seres colocados el uno más ventajosamente que el otro, procurará destruir á su contrario; en el hombre, sin embargo, deberá verificarse la ley de su desarrollo proporcionándose un individuo á otro los medios necesarios para ello.

Por último, Kant, predecesor de Krausse, da una definición del Derecho que, aunque incompleta, contiene en sí varios de los elementos que se necesitan para formarla. Considera que la esencia del Derecho es únicamente la libertad, y por lo tanto le define diciendo que es «el conjunto de condiciones dependientes de la voluntad humana y necesarias para que la libertad de cada uno coexista con la libertad de los demás». Esta noción, sin embargo, es incompleta; Kant, que escribió en tiempos de gran represión, en la feudal Alemania, quería exagerar la idea liberal, y bajo este punto de vista hizo de la libertad la única base del Derecho, siendo así que también lo son la igualdad y la sociabilidad. Por otra parte, la libertad es una condición necesaria de todos los actos humanos, y bajo este punto de vista tanto la moral como el Derecho dependen de la ley de la libertad, puesto que sin ella no hay imputabilidad, responsabilidad, ni por consiguiente sanción. Kant consideraba, por lo tanto, el Derecho como principio subjetivo; pero, negándole todo otro carácter, incurrió en un completo individualismo, vino á fundar el Derecho en la voluntad arbitraria del individuo, y su ley general de la libertad, que á primera vista parece que se funda en un principio racional y objetivo, se resuelve en último término en una máxima abandonada á la interpretación individual. El principio de Kant conduce á suponer que un acto de libertad individual, para ser justo, puede generalizarse en lo sucesivo y convertirse en un principio general; lo cual no es exacto, porque, según esta teoría, algunos motivos de acción puramente egoístas pudieran convertirse en principios generales de la actividad humana.

Examinada ya la idea del Derecho y la diferencia entre éste y la moral, resta manifestar cuáles son los derechos primordiales ó que también se han llamado originarios ó primitivos. Para llegar á esta deducción conviene observar que la capacidad de Derecho como sujeto sólo corresponde al hombre, puesto que es el ser racional y libre capaz de conocer la relación que entre él y los demás seres se establece, y capaz por lo tanto de quebrantarla. El Derecho se funda, por consiguiente, en la personalidad humana, y podemos desde luego sentar que la personalidad es la fuente del Derecho.

Cicerón decía ya que debemos buscar los fundamentos del Derecho en lo íntimo de la naturaleza humana; por lo tanto, para ave-

riguar si hay en nosotros derechos fundamentales, imprescriptibles é inalienables, debemos analizar la naturaleza humana, y principalmente aquellas facultades que constituyen la personalidad y sin las cuales no es posible concebir el desarrollo del hombre.

No todos los escritores han comprendido, sin embargo, el verdadero punto de vista desde el cual debe partirse para llegar á esta consecuencia. Comprendiendo que el estudio de la *naturaleza humana* debe ser la base de todas las ciencias jurídicas y filosóficas, estableció la escuela de Derecho natural del siglo XVII y desarrolló Rousseau en el XVIII el sistema del *estado natural primitivo*, considerando el *estado social* como puramente arbitrario y resultado del *pacto ó convención* establecido entre todos los hombres, mediante el cual cedieron las ventajas que aquel estado les ofrecía en cambio de las que reportaban en el estado de sociedad. Esta teoría se funda, por lo tanto, en los siguientes supuestos: 1.º que los hombres han vivido en un estado de naturaleza en que no había derechos, ó por lo menos no necesitaban éstos garantía ni sanción; 2.º que salieron de él por diferentes motivos, entre los cuales Grocio supone que fué el más poderoso el instinto de la sociedad; Hobbes, que fué la necesidad de terminar la guerra que entre ellos existía; Rousseau, que fué el progreso de las ciencias y de las artes, las nuevas necesidades y la desigualdad que se estableció entre los hombres. La doctrina del estado natural es, sin embargo, errónea y peligrosa, por más que reconozcamos en ella un principio generoso y noble y un deseo de reivindicar los fueros de la libertad en la época en que la sociedad se hallaba dominada por los restos del feudalismo y por el gobierno absoluto de los monarcas que, como Luis XIV, se creían la personificación del Estado. En efecto, el supuesto estado natural no es el estado de Derecho, ni puede suponerse nunca con más condiciones de perfectibilidad que el estado social; la economía nos demuestra que el salvaje que goza de una libertad natural omnimoda tiene, sin embargo, menos condiciones que el hombre civilizado para el ejercicio de la verdadera libertad; ignora las leyes que derivan de sus relaciones con los objetos que le rodean, y por consiguiente puede disfrutar de menos goce que el hombre civilizado: la Estadística nos enseña, por otra parte, la superioridad de la vida de las ciudades sobre la de los campos, y por lo tanto es indudable que allí donde existen más condiciones para que el hombre se desarrolle como ser físico y racional es donde puede decirse que existe en su verdadero estado conforme á su naturaleza; esto es, en su *Estado natural*.

No es, pues, esta doctrina la que podemos aceptar como base para derivar de la naturaleza humana la existencia de los derechos que el hombre tiene con respecto á los demás como ser social, sino que, sin suponer ese estado hipotético, podemos deducir desde luego de la personalidad humana aquellas facultades sin las cuales no es posible concebir el desarrollo del hombre, y que constituyen otros tantos derechos primarios, imprescriptibles é inalienables, deduciendo, por el contrario, que aquellas que no indican permanencia en el individuo son derechos secundarios, accidentales y prescriptibles. Nos fijaremos principalmente en los primeros, que más bien que derechos podemos llamar *facultades de Derecho*.

Estas tres facultades ó cualidades contenidas en la personalidad humana, considerada no en sí misma, sino en sus relaciones sociales, son la *libertad*, la *igualdad* y la *sociabilidad*. La República francesa de 1848 designó la última con el nombre de *fraternidad*, frase que expresa más bien una relación moral que no jurídica, y que, por lo tanto, la sustituimos con la mencionada. Pero como de estas tres palabras se ha abusado en la exageración de las revoluciones, desnaturalizándolas muchas veces por completo, necesario es que las expliquemos y manifestemos la extensión respectiva que comprenden.

Se dice que todos los hombres son iguales, y también que todos son desiguales, y estas dos proposiciones contrarias son, sin embargo, ciertas. Es exacta, en cuanto la igualdad se derive de la personalidad, que todos los hombres son iguales en su naturaleza; mas es exacta también la desigualdad histórica del hombre. La igualdad reconoce, por lo tanto, un doble origen, *físico y psicológico*. Bajo el punto de vista físico, la igualdad es una consecuencia de la *unidad del género humano*; bajo el punto de vista *psicológico*, se deduce de la *unidad moral* y de la existencia de unas mismas facultades en el hombre.

Pero contra la igualdad se han presentado como argumentos la existencia de las desigualdades naturales y ha habido desde los tiempos antiguos diferentes teorías, reducidas unas á buscar la causa primera de la desigualdad en la naturaleza misma del hombre, en su organización espiritual ó física, y otras á derivarla de las circunstancias ó relaciones exteriores en que se halla colocado. Entre estas teorías, la más antigua es la de Aristóteles, el cual explica la existencia de la esclavitud, la desigualdad más monstruosa que existe en la historia del hombre, por las diferencias intelectuales que entre los mismos existían, aplicando por una falsa generalización á todo el género humano lo que observaba en el individuo. Para Aristóteles, la esclavitud no era un hecho contra la naturaleza: unos seres son naturalmente esclavos; unos están destinados á

obedecer desde el momento en que nacen; otros lo están á mandar; porque, del mismo modo que existe la superioridad entre el alma y el cuerpo, en virtud de la cual el alma manda á éste como un señor y la razón como un magistrado ó como un rey, del mismo modo también el hombre es inferior á sus semejantes, como el cuerpo lo es al alma y el bruto al hombre. También Platon, en su *República*, había querido establecer tres órdenes distintos de ciudadanos: el de la clase que debía ejercer el gobierno, el de la clase guerrera y el de la artesana, fundándolo en las tres facultades del alma, la razón, la voluntad y la sensibilidad.

Si examinamos la cuestión de la igualdad bajo el punto de vista histórico, hallamos desde luego que, por lo general, no ha existido como principio. Prescindiendo ya de las doctrinas de Platon y Aristóteles, que dejamos mencionadas, respecto de la esclavitud, encontramos más ó menos modificadas estas ideas en el transcurso de los siglos, y por lo tanto que la esclavitud ha ido desapareciendo paulatinamente, hecho que prueba claramente que el estado de civilización de un pueblo modifica sus creencias respecto de la igualdad; pero resta aún que examinar la cuestión de si la igualdad tiene verdaderamente un fundamento físico y filosófico.

La fisiología nos demuestra la ley de la igualdad, fundada, como hemos dicho, en la unidad de la especie humana. Además de que sabemos por el dogma que es un principio fundamental la unidad de la raza humana, podemos aún sin acudir á la idea religiosa, demostrar esta verdad por medio de varios argumentos fisiológicos. Opóñese como argumentos contra la igualdad natural la diferencia de la raza caracterizada hasta por la depresión del ángulo facial; sin embargo, nosotros no podemos considerar estas diferencias más que como accidentales y dependientes de circunstancias ó causas exteriores; porque, en efecto, todas estas diferencias no destruyen la ley de la unidad genérica. La naturaleza ha rechazado por una ley constante la unión de los géneros, haciéndola inútil é infecunda, y aún las mismas especies de un género no producen, al unirse, sino seres impotentes é incapaces para perpetuar la especie, verdaderas monstruosidades en el reino animal. Así sucede, por ejemplo, con la unión del caballo y el asno, que produce un sér híbrido é infecundo, y con la del canario y el ruiseñor. Es, por consiguiente, indudable que la propagación sólo se verifica entre seres del mismo género, siendo el sér producido hábil también para perpetuar la especie.

Esto sucede principalmente en el hombre: las uniones entre las diversas razas son fecundas, y los seres que resultan, como por ejemplo, los mulatos, se reproducen y engendran entre sí ó con individuos de otras razas sin violencia alguna de las leyes de la naturaleza. No hay que buscar, por lo tanto, en el hombre desigualdad genérica, ni aún específica, y las diferencias que entre ellos se observan y desfiguran la raza humana sólo pueden atribuirse á causas exteriores y accidentales, á leyes físicas, entre las cuales lo es también la depresión del ángulo facial. La acción del sol, que curte y ennegrece la tez; la influencia de los alimentos, que pueden también modificar su color, como se ha observado, por ejemplo, en los descendientes de los primitivos conquistadores establecidos en Macao; la educación, las costumbres y aún la religión modifican, no sólo el aspecto físico del hombre, sino también su organización moral. Los descendientes de los españoles que han permanecido en América tienen hoy, que apenas han pasado tres siglos, un color mucho más subido que el de sus ascendientes, aunque su raza se haya conservado sin mezcla alguna.

De más difícil explicación parece la completa desfiguración de las facciones, el aplastamiento de la nariz y la escasa abertura del ángulo facial en los negros, comparada con la preeminencia de esas mismas facciones en los individuos de la raza blanca. Pero un hecho fisiológico nos explica también esas diferencias, puesto que sabemos que el ejercicio de un órgano produce su mayor desarrollo; y el estado de civilización ó adelanto en que se halla la raza caucásica pone en mucho mayor ejercicio las facultades intelectuales, y por lo tanto los órganos en que parece se representan produciendo así el mayor desarrollo de la frente y la mayor abertura del ángulo facial.

La nariz se desarrolla en los países septentrionales y templados mucho más, por la mayor secreción que por ella se verifica, que en los países cálidos (a).

Bajo el punto de vista *psicológico*, hemos dicho que la igualdad se deduce de la unidad moral de la especie humana, es decir, de la existencia de unas mismas facultades y aptitudes en todas las razas.

(a) Mr. Courter de l'Isle, en su obra titulada *La ciencia política fundada sobre la ciencia del hombre*, ha pretendido, en nuestros días, que la desigualdad humana proviene de la diferencia esencial de las distintas razas. Así explica el *régimen de castas*, fundado, según él, en la diferencia de razas en una época en que cada una no se mezclaba con las demás; la *esclavitud*, constituida por la unión de dos razas naturalmente desiguales; el *régimen feudal*, que no es más que una esclavitud modificada. Según el autor, en una asociación de razas desiguales se conservaría el orden indefinidamente prohibiendo toda mezcla de sangre; por el contrario, en una sociedad de hombres que tengan un mismo origen y exista un cruzamiento continuo, es imposible el orden. Los hechos desmienten esta doctrina altamente fatalista.

Cuando afirmamos, por lo tanto, que existe igualdad entre los hombres bajo el punto de vista psicológico, afirmamos que el hombre puede por su propia inteligencia elevarse á las ideas de unidad, de orden, de armonía, de justicia y realizarlas en la vida, esto es, que tiene aptitud para ejercitar su *razón*, que tiene las mismas facultades anímicas, aunque bajo esta base de igualdad se manifiesten desigualdades individuales, que provienen por una parte del desarrollo mayor que reciben estas facultades en los distintos individuos, y por otra de la diferente aplicación que se les da en la vida social. La desigualdad individual es además inevitable, porque por una parte el desarrollo de cada uno proviene de su propia actividad, y por otra los objetos de la vida humana son tan vastos, que un hombre no puede comprenderlos todos, sino dedicarse á algunos de ellos según su vocación particular. No necesitamos para esto marcar la diferencia que existe entre el hombre culto de los grandes centros de población y el labriego ignorante; aún en los mismos centros del saber se manifiestan de un modo notable esas diferencias de aptitudes, de capacidades y de comprensión. Escuchando una misma doctrina, algunos la comprenden sin dificultad, se la asimilan, la generalizan y la dan al momento una aplicación conveniente y tal vez nueva; otros, antes de dominar aquella misma idea, necesitan para ello un gran esfuerzo de inteligencia; otros, de ninguna manera pueden comprenderla. Sin embargo, es innegable que en todos ellos existe la razón, la facultad que ponen en ejercicio para apoderarse de aquella idea.

Además, la ley de la igualdad en la especie humana se demuestra también por tres hechos muy principales: la *existencia del lenguaje* ó del *dón de la palabra*, de la *idea religiosa* y de la *ley de la perfectibilidad*.

Todos los animales, principalmente los de sangre caliente, tienen la facultad de emitir sonidos, con los cuales expresan generalmente las necesidades ó deseos que experimentan; pero el hombre, además de esta facultad, que expresa por medio de la interjección, signo de necesidad, de apetito fisiológico, más bien que racional, espontáneo y común á toda la humanidad, está dotado del dón de la palabra, expresión de la idea, y con la cual no sólo manifiesta necesidades y apetitos, sino sentimientos y raciocinios. El idioma se expresa por medio de signos convencionales en su valor, y por lo mismo que son ininteligibles para otro pueblo distinto del que le usa; pero todos los pueblos convienen en tener lenguaje, lo cual es una prueba también de la igualdad en la razón, y por lo tanto de la igualdad de la especie humana.

También existe arraigada en todas las naciones la idea de una creencia religiosa; así es que, aún en los pueblos primitivos entregados á los delirios del panteísmo ó de la idolatría, encontramos, sin embargo, una tendencia manifiesta á ponerse siempre en relación con un sér superior. Unas veces la divinidad se personifica en una cosa monstruosa, superior en fuerza al hombre mismo, como el cocodrilo, la serpiente, el rayo, el terremoto, y entonces el culto es terrorífico y la adoración supersticiosa, como sucede en el fetichismo de la India; otras veces la idea religiosa se manifiesta en el culto á los astros, á las mismas pasiones humanas ó á los héroes divinizados, como sucede en el sabeísmo, en Grecia. En un estado mayor de cultura, y merced al auxilio de la revelación, la idea religiosa aparece en su verdadero valor y en todo su espiritualismo.

Por último, la perfectibilidad de que es susceptible la raza humana es también otra prueba de su igualdad. Sólo el hombre es capaz de perfeccionamiento; todos los demás seres de la Creación ejecutan los mismos actos desde el principio del mundo, sin que se note en ellos desarrollo progresivo. Por admirables que nos parezcan las obras del castor y las abejas, se reproducen del mismo modo desde el principio de la Creación. Pero el hombre va sucesivamente haciendo nuevos descubrimientos, adquiriendo nuevas ideas, aprovechándose del caudal de conocimientos que le legan las pasadas generaciones, y bajo este punto de vista no puede menos de concebirse la idea de la unidad de naturaleza, de la unidad moral de la especie humana, y por lo tanto de la igualdad fundamental.

En resumen, la doctrina sobre la igualdad podemos reducirla á las siguientes proposiciones: 1.ª Hay en el hombre una igualdad fundamental que proviene directamente de su igualdad de origen. 2.ª Hay también la igualdad fundamental de las aptitudes y facultades. 3.ª Hay desigualdad entre los individuos en cuanto al desarrollo y aplicación de estas mismas facultades. 4.ª Hay la igualdad de dignidad de todos los ramos que comprende la actividad humana.

Estos principios, sin embargo, no se han tenido en cuenta en la mayor parte de las constituciones ó leyes fundamentales de la organización de los distintos pueblos. En la India el sacerdote monopoliza las funciones del santuario, y la religión es un misterio para los no iniciados; el noble de la Edad media es condenado á diversa pena que el pechero cometiendo el mismo delito; el godo se rige por distinta ley que el romano, y el régimen de castas, la esclavitud, el sistema de legislación de razas, nos manifiestan á cada paso desviaciones de los verdaderos principios que debe consagrar el Derecho público de un pueblo civilizado. La igualdad ante Dios, proclamada por el Catolicismo, fortalece la anterior teoría filosófica con el auxilio

de la verdad revelada, y esta igualdad, tal como la hemos concebido y desarrollado, de ninguna manera puede conducir á los desvarios del socialismo y el comunismo: «á cada uno segun su capacidad, á cada capacidad segun sus obras:» hé aquí la fórmula adoptada generalmente para expresar este concepto, que resuelve el probl ma de conciliar la igualdad fundamental del hombre con la existencia de las desigualdades individuales.

(Se continuará)

NOMBRES QUE SE INSERTAN

PARA DAR IDEA DEL DICCIONARIO

CUYA ENUNCIACION HEMOS TENIDO EL HONOR DE EXPONER.

PIEDRA.—CEPHAS significa Piedra, y de Piedra viene Pedro, primer nombre y nombre propio que Jesús dió á Simón, hijo de Juan, á quien constituyó por Piedra fundamental, sobre la cual edificaria su Iglesia, para que fuera á la vez que cimienta en que la fundaba, cabeza visible de ella, á fin de que por la autoridad de que le investia fuese de todos los fieles acatado; y como esa misma autoridad se ha transmitido á todos sus sucesores en la Silla de Roma, los Sumos Pontífices, el Papa es la *Piedra de la Iglesia*.

Citas: San Jerónimo en su carta *ad Damasum* de nombre Hypostasis, le dice: «Sé que sobre esta *Piedra* está edificada la Iglesia,» llamando así al Papa Dámaso *Piedra* de la Iglesia.

San Gregorio Nazianceno en su oracion de la templanza en las discusiones dice: «Pedro es llamado *Piedra*, y le están encomendados los fundamentos de la fé de la Iglesia.»

San Epifanio in *Ancorato* se expresa así: «El Señor constituyó á Pedro, el primero de los Apóstoles, *Piedra firme* sobre la cual está edificada la Iglesia de Dios.»

San Francisco de Sales en su sermón de San Pedro comenta magistralmente el nombre Piedra en varios pasajes: sirvan de ejemplos: «Y esta es la *Piedra* de toque con la cual se conoce siempre el oro falso de la heregía... y es la *Piedra* cuadrada del templo de Salomon... Habiendo escogido el Señor á este Apóstol para que fuese la *Piedra* primera del cimienta de la Iglesia... y del mismo modo que se escribió sobre una Piedra la ley de Moisés, asimismo en esta *vi-viente Piedra* fué escrita la ley evangélica.

El cardenal Bellarmino, De Rom. Pontif. libro II, cap. III.

VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA.—Dada á San Pedro toda la potestad espiritual de que el mismo Hijo de Dios estaba revestido y tal como le habia enviado al mundo su Eterno Padre, el Apóstol San Pedro fué el primero que ejerció las veces ó autoridad de su Maestro Jesús; que eso quiere decir el nombre *Vicario*. Por consiguiente, el Papa, sucesor de San Pedro, es el *Vicario de Cristo en la tierra* para gobernar su Iglesia.

Citas. San Bernardo, libro II de *Considerat*: «De aquí es que á manera de Señor (habla de San Pedro) marchando sobre las aguas se designó *Único Vicario de Cristo*, que debía presidir no á uno sino á todos los pueblos.»

El mismo Santo Doctor al fin del libro IV de *Considerat*, entre los muchos Nombres ya referidos en otros artículos de este Diccionario, que da al Papa, le llama *Vicario de Cristo*.

El Concilio Florentino, sesion 10 en su célebre decreto dictado por los Padres de ambas Iglesias, ya muchas veces citado y que puede verse íntegro en el artículo *Doctor*, declara expresamente que «el Sumo Pontífice es verdadero *Vicario de Cristo*.»

Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX en su bula de indiccion del Concilio Ecuménico para el año de 1869, dice «que el Unigénito Hijo del Eterno Padre eligió solo á Pedro... y le constituyó *Su Vicario en la tierra*.»

Tambien le llaman Vicario de Cristo.

El cardenal Bellarmino en su tratado «de Rom. Pontif. libro II, cap. XXXI.

San Ambrosio: libro X in *Lucam*, cap. XXIV.

El Padre Raynaud en su Corona áurea, *Verbum Vicarius*.

FUNDAMENTO DE LA IGLESIA.—Como el Sumo Pontífice Vicario de Cristo Obispo de Roma es, segun ha de aparecer comprobado en casi todos los artículos que forman este Diccionario, el Sucesor de San Pedro y este Príncipe de los Apóstoles es la Piedra sobre que Jesús fundó su Iglesia es consiguiente que sea la Cabeza y Fundamento de toda ella; y porque no puede construirse edificio alguno sinó sobre un Fundamento firme, el Romano Pontífice, centro de la unidad y piedra angular de la Iglesia es llamado con razon su *Fundamento*.

Citas. Orígenes, Homil. V in Exod, VI dice «En aquel gran *Fundamento* de la Iglesia y Piedra solidísima sobre la cual Cristo fundó la Iglesia».....

San Hilario en los libros VI y X de Trinitate y en el Salmo 131 dice hablando de Jesús «Tanto fué su anhelo de padecer por la salvacion del Género Humano que constituyera á San Pedro primer confesor del Hijo de Dios *Fundamento* de la Iglesia, Portero del Reino Celeste.

San Juan Crisóstomo Homil. in. II, tim. IV, dá á San Pedro (ya lo hemos visto en otros artículos) entre varios nombres los de «Prefecto de todo el mundo, *Fundamento* de la Iglesia.»

El Cardenal Bellarmino, de Rom. Pontif. y en otros tratados explicando las voces Iglesia, Pedro, Piedra y otras justifica de distintos modos que el Papa, como sucesor de San Pedro, es el *Fundamento* de la Iglesia.

San Dionisio ad Timoth: San Clemente epist. ad Jacob., San Agustin serm. XV de Sanctis.

El Padre Raynaud Corona aurea Verbum Fundamentum.

DOCTOR DE TODOS LOS CRISTIANOS.—Siendo necesaria la incorruptibilidad de la Doctrina católica, para facilitar los hombres su eterna salvacion, y siendo asimismo el deber de los doctores de la Iglesia enseñarla, corresponde especialmente su pura conservacion al que por antonomasia es llamado el *Doctor* de todos los cristianos, esto es el Doctor sobre todos los Doctores, que es el Sumo Pontífice Romano Vicario de Cristo.

Citas. En el concilio Florentino, sesion 10, decreto de union de ambas Iglesias Oriental y Occidental, antes de retirarse los Padres Griegos y en reconocimiento unánime del Primado de la Iglesia se explicaron de esta manera: «Definimos tambien que la Santa Sede Apostólica y el Pontífice Romano tiene la Primacía sobre toda la tierra; que es sucesor de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, verdadero Vicario de Jesucristo, Cabeza de toda la Iglesia, Padre y *Doctor de todos los cristianos*, y que al mismo en la persona del bienaventurado Pedro le está dada por Nuestro Señor Jesucristo la plena potestad de apacentar, regir y gobernar la Iglesia Universal, segun se contiene en las actas de los Concilios Ecuménicos y en los Sagrados Cánones.»

A tan esplicito sagrado texto supérfluo seria añadir tantas obras respetables y numerosas citas como pudiéramos acotar en este sitio, mayormente cuando muchas de ellas se hallan diseminadas en este diccionario, y especialmente en los nombres que siguen con el título de *Doctor*.

LA RACE LATINE

JOURNAL INTERNATIONAL

Cette revue tirée à un grand nombre d'exemplaires, est imprimée à Madrid dans l'un des premiers établissements typographiques espagnols et paraît tous les quinze jours avec la collaboration des écrivains les plus distingués de l'Europe Latine.

PRIX D'ABONNEMENT

Espagne.	un an.	200 reaux.	Portugal.	un an	2 livres sterling.
France.	»	50 francs.	Italie.	»	50 liras.
Belgique.	»	50 francs.	Amérique.	»	20 pesos.

ON S'ABONNE EN ESPAGNE

A MADRID
Bureau central, 4, rue de Serrano.
Librairie Bailly-Baillière.
Librairie Durand.

Palma.—Librairie de D. Pedro José Gelabert.
Barcelona.—Juan Oliveres.
Sevilla.—Hijos de Fé.
Málaga.—Francisco Moya.

Bilbao.—Viuda de Delmas.
Zaragoza.—Viuda de Heredia.
Cádiz.—Verdugo, Morillas y Compañía.
San Sebastian.—Manuel Aramburu.

Les annonces sont reçues en Europe pour trois mois.

ON S'ABONNE A L'ETRANGER

A Paris. A la Caisse Générale d'abonnements, dirigée par M. Khan, 53, rue Lafayette.
A Lyon, chez Mr. CONCHON, rue Mulet, 9, et rue Bat d'Argent, 10.
A Marseille, chez MM. Arrau, rue des Feuillants, 1.—Camoin, rue de la Cannebière, 1.—Chusin, B^d du Musée, 16.—Millaud, rue de Noailles, 13.
A Bordeaux, chez Mr. Fouraignan, Place de la Comédie, 3.
Au Havre, chez Mr. Aubert Benard.
A Londres, chez Childey et Cortazar, 71 Store Street.

A Bruxelles, chez MM. Deq et Duent, office de publicité, 39, rue Montagne de la cour.
A Anvers, chez Mr. Kornicher.
A Amsterdam, chez Mr. Van Bokkens.
A la Haye, chez MM. les héritiers Doorman.
A Rome, chez Mr. Merlé.
A Turin, chez MM. Bocca, freres.
A Florence, chez M. Jrouhaud.
A Naples, chez Mr. Dura.
A Milan, chez MM. Dumolard, freres.
A Lisbonne, chez Mr. Silva Junior.
A Oporto, chez Mr. Gomez, successeur de Moré.

CORRESPONSALES EN ULTRAMAR

ISLA DE CUBA.
Habana.—La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.
Guines.—D. Ramon de Cabrera.
Atanzas.—Señores Sanchez y Compañía, y Don Juan F. Balloqui, calle de Gelabert, número 42.
Cienfuegos.—D. Juan A. Gutierrez.
Cuba.—D. Juan Perez Dubrull.
Caibarien.—D. Hipólito Ezeobar.
Santa Clara.—D. Manuel Doportó.
Morón.—D. Sebastian Delgado.
Cárdenas.—D. Alejandro Laga.
Sagua.—D. Pedro Pazo.
Union de Reyes.—D. José M.^a Otero.
Colon.—D. José M.^a Prieto.
Puerto Príncipe.—D. Miguel Acosta Barañano.
Baracoa.—D. Luis Argues.
Gibara.—D. Gregorio Vega y D. Nicolas de Mena.
Sancti-Spiritus.—Don Carlos Ergueta.
Holguín.—D. Bernardo Manduley.
Nuevitas.—D. Miguel Nuñez.
Nueva Paz.—D. Enrique Petit.
Trinidad.—D. Engenio Camino.
Guanaay.—D. Pedro Chacon.
Guanabacoa.—D. José M.^a Prieto.
Santiago de las Vegas.—D. Feliciano Esternor.
Batabanó.—D. Antonio Fonseca.
Sumidero.—D. José García Alonso.
Cifuentes.—D. Evaristo Prieto.
Pinar del Rio.—D. Deogracias Gil.

Consolacion del Sur.—Sres. Rodriguez y Fernandez.
Santa Isabel de las Lajas.—D. Santiago Migoyo Jiguani.
Guantánamo.—D. Juan Anguer Freixas.
PUERTO-RICO.
Capital.—D. José María Sanchez.
Arroyo.—D. Isidro Coca.
SANTO DOMINGO.
Capital.—D. Joaquin Machado.
Puerto-Plata.—D. Miguel Malagón.
FILIPINAS.
Manila.—D. José Villeta.
Celestino Miralles, agentes generales, con quienes se entienden los de los demas puntos del Asia.
SAN THOMAS.
Capital.—D. Luis Guasp.
Curacao.—D. Juan Blasini.
MÉJICO.
Capital.—D. Juan Buxó y Compañía.
Veracruz.—D. Manuel Ochoa.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez Victory.
Mérida.—D. Rodolfo G. Canton.
Mazatlan.—D. Francisco Echeguren.
Puebla.—D. Emilio Lezama.
Campeche.—D. Joaquin Ramos Quintana.
VENEZUELA
Caracas.—D. Martin J. Larralde.
Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa.

La Guaira.—Señores Salas y Montemayor.
Maracaybo.—Sr. D'Empaire, hijo.
Ciudad Bolívar.—D. Serapio Figuera.
Caripano.—D. Juan Orsini.
Barcelona.—D. Martin Hernandez.
Maturín.—M. Philippe Beaupérthuy.
Valencia.—Señores Jayme Pagés y Compañía.
Coro.—D. J. Thielen.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
CENTRO AMÉRICA.
Guatemala.—D. Ricardo Escardille.
Norberto Zinza.
San Salvador.—Señores Reyes Arrieta.
San Miguel.—D. Joaquin P. Guzman.
Manuel Soto.
Tegucigalpa.—D. Manuel Sequeiros.
Chinandega (Nicaragua).—D. Isidro Gomez.
San Juan del Norte.—D. Emilio de Thomas.
Consonante.—D. Joaquin Mathé.
Rivas.—D. José N. Bendaña.
Granada.—D. Zacarias Guerrero.
San José de Costa Rica.—D. Guillermo Molina.
Casto Gomez.
Belize.—D. José María Martinez.
ECUADOR.
Guayaquil.—D. Antonio de La Mota.
NUEVA GRANADA.
Bogotá.—D. Lázaro María Perez.
Santa Marta.—D. Martin Vergara.
Cartagena.—Señores Macías é hijo.
Panamá.—D. José María Aleman.
Colon.—D. Matías Villaverde.
Medellín.—D. Juan J. Molina.

Mompós.—Sres. Ribou y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Subanaldaga.—D. José Martin Tatis.
Sincedejo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—Sres. E. P. Pellet y Compañía.
PERÚ.
Lima.—Sres. Redactores de la Nacion.
Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana.
Iquique.—D. Benigno G. Posada.
Punó.—D. Francisco Laudaela.
Tacna.—D. Francisco Calvet.
Trujillo.—Sres. Valle y Castillo.
Callao.—Sres. Colville, Danwson y Compañía.
Arica.—D. Carlos Eulert.
Piura.—M. E. de Lapeyrouse y Compañía.
BOLIVIA.
La Paz.—D. José Herrero.
Cobija.—Sres. Aguirre—Zavala y Compañía.
Cochabamba.—Doña Benedicta Reyes de Santos.
Potosí.—D. Adolfo Durrels.
Oruro.—D. José Cárcamo.
CHILE.
Santiago.—D. Augusto Reymond.
Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerra.
Copiapó.—Señores Rosello hermanos.
La Serena.—Señores Alfonso hermanos.
Huasco.—D. Juan E. Carneiro.
Concepcion.—D. José M. Serrate.
Santa Ana.—D. José María Vides.
ESTADO UNIDOS.
Nueva-York.—M. Echeverría y Compañía.

S. Francisco de California.—M. H. Payot.
Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.
PLATA.
Buenos-Aires.—D. Narciso Cepedano.
Catamarca.—D. Mardoqueo Molina.
Córdoba.—D. Pedro Rivas.
Corrientes.—D. Emilio Vigil.
Purand.—D. Cayetano Ripoll.
Rosario.—D. Andres Gonzalez.
Salta.—D. Sergio Garcia.
Santa Fe.—D. Remigio Perez.
Tucuman.—D. Camilo Caballero.
Gualeguaychú.—D. José María Nuñez.
Paysandú.—D. Miguel Horta.
Mercedes.—D. Serafin de Rivas.
BRASIL.
Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba.
Rio grande do Sur.—N. J. Torres Crebuet.
PARAGUAY.
Asuncion.—D. Isidoro Recalde.
URUGUAY.
Montevideo.—Señores A. Barreiro y Compañía.
D. Hipólito Real y Prado.
Salto Oriental.—Señores Morillo y Gozalbo.
Colonia de Sacramento.—D. José Murtagh.
Artigas.—D. Santiago Osoro.
GUYANA INGLESA.
Demerara.—MM. Rose Duff y Compañía.
TRINIDAD.
Trinidad.—MM. Geróldi, Urien.